

**CONCURSO DE
CREACIÓN LITERARIA
PREMIOS AL ARTE**



Candelaria
CANARIAS

2016/2017

Concursos de creación literaria 2016 y 2017

PREMIOS AL ARTE

Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Candelaria



La Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Candelaria publica esta recopilación de las obras presentadas a las dos primeras ediciones del CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA en el que, en 2016, el tema de las obras estuvo basado en la biografía o anecdotario de personajes reales o populares del entorno del autor, con el fin de promover la memoria de nuestros mayores a través de la narración literaria, la transmisión de hechos y conocimientos de nuestros antepasados y el fomento de la comunicación entre generaciones; y en 2017, el tema de las obras estuvo basado en cualquier tipo de tradición o costumbre que haya desaparecido o esté desapareciendo en la actualidad, con el fin de promover la memoria de dicha manifestación cultural a través de la narración literaria y la transmisión popular.

Del contenido y veracidad de todos y cada uno de los relatos publicados son responsables sus autores.

Por respeto a la creación y libertad literaria, los relatos han sido publicados tal y como los ha recibido la organización, sin corrección ni variación alguna.

Edita: Ayuntamiento de Candelaria.

Alcaldesa **María Concepción Brito Núñez.**

Concejal de Cultura **Manuel Alberto González Pestano.**

*La vida es la memoria del pueblo,
la conciencia colectiva de la continuidad histórica,
el modo de pensar y de vivir.*

Milan Kundera

Índice CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA 2016

Luces de un 6 de enero	7
La memoria del azúcar	13
Benjamín	17
Relato de un recuerdo	19
Manga negra	26
Caramelo	28
Argelia	31
La decisión	36
Buen vuelo	41
Leandro	46
María	51
Don Genaro	53
Verdaderos ejemplos	58
Los peregrinos	60

1er PREMIO 2016

Relato: LUCES DE UN 6 DE ENERO

Autor: JACOBO DAVID TENDERO FERRER

“Al caer la noche, si observo detenidamente la montaña, todavía puedo ver aquellas pequeñas y centelleantes lucecillas bajando lentamente la ladera.”

No diré que tuve una infancia dura, pero permitirme decir, que tampoco fue sencilla. Me crié en el seno una familia humilde, tal vez demasiado numerosa y modesta, la sexta de nueve hermanos, mis padres, incansables trabajadores, se deslomaban diariamente por sacar a la familia y a aquella destartada y deslucida casita de piedra y teja adelante. Mis hermanas mayores, se repartían junto a mis padres la vorágine de quehaceres del día a día, y yo, tan pequeña e incapaz, no era más que otra pesada carga para los ya resentidos hombros de mi malaventurada familia.

Corrían los años sesenta, y la vida en aquel pequeño emplazamiento del valle al que sus vecinos llamábamos “El Lomo”, era tan dura como tediosa, sus habitantes vivíamos en una situación tremendamente precaria. Apartados de los privilegios de la ciudad y de las ventajas de los pueblos colindantes, los autóctonos del lugar, habíamos establecido un vínculo casi familiar. Una de sus vecinas más ilustres era Olga, una mujer de pequeña estatura, de unos cincuenta años de edad, gesto afable y mirada complaciente, de apaciguados andares, y peculiar sonrisa, siempre iba acompañada de alguno de sus perros y como no, de su desgastada e inseparable pipa de brezo. Era una persona tan única y especial, que formaba parte de la entidad e idiosincrasia de aquel lugar.

Cada mañana, al despertar y antes de comenzar con sus cotidianas labores, Olga disfrutaba de su ineludible paseo matinal, el cual discurría

entre cómplices saludos y amenas confidencias. Entre su habitual hoja de ruta, aquella pequeña y destartalada casita del camino a la que yo llamaba hogar.

Una de esas preciosas mañanas de primavera, de cálido sol y agradable brisa, mi madre tendía nuestras descoloridas prendas en las verdes liñas que cruzaban la pequeña terraza que separaba la casa del viejo camino. Yo, a mis cuatro años, y como era costumbre en el equinoccio vernal, yacía sentada sobre una roída mantita desdoblada sobre el tosco y cementado suelo, disfrutando del agradable olor a hierbabuena y de los revitalizantes rayos del acogedor día, jugando con una vieja y mutilada muñequita de cartón, herencia de la marchita niñez de mis hermanas mayores. Olga, asomo su cabeza por aquella tosca cancela de viejos y astillados tablones, para como era habitual, saludar a mi atareada madre, solía preguntar por la familia, por mis hermanas, por mi padre, por mis tíos y después de hacerme alguna que otra carantoña, solía marchar con su característico caminar, pero aquella mañana fue diferente. Tras las cotidianas preguntas y algún anodino y fugaz cotilleo, Olga sugirió algo que cambiaría drásticamente el devenir de mi infancia.

“¿Por qué no nos dejas encargarnos de Juanita?, Paco y yo podríamos cuidar de ella por un tiempo” Planteo, con la voz rota y entrecortada por tal incómoda propuesta.

Yo continuaba sentadita sobre la vieja mantita de lino, inconsciente de la trascendencia que para mi persona, tenía aquella singular, generosa y a su vez atrevida proposición. Mi madre torció el gesto y permaneció unos segundos dubitativa, en silencio, aquella sugerencia no le pareció del todo descabellada, conocía muy bien a aquella familia, vivían a pocos metros de allí, eran buenas y gentiles personas, y en definitiva, yo estaría mejor atendida y tendría una niñez más halagüeña y prometedora.

Respondió tímidamente que lo pensaría, antes debía consultarlo con la familia, y afirmó que en unos días tendría noticias de su decisión.

Una semana después allí estaba yo, a unos quinientos metros de mi hogar, en el seno de una familia por conocer, y en otra pequeña casita, quizás algo más grande y acogedora, pero igualmente modesta. La familia de Olga, también era sencilla y humilde. Olga no tenía marido, pero sí una hija por la que sentía total devoción. Por voto propio, había optado por ser madre soltera, la joven se llamaba Celia, rondaba los 20 años de edad y era una muchacha encantadora, se había criado sin un padre, pero no por ello sin una figura paterna, labor que desempeñaba ejemplarmente Paco, el hermano mayor de Olga, un hombre afable y de peculiar aspecto, delgado, bajito, de frágil figura y gran corazón.

Para la familia de Olga, la vida tampoco había sido un lecho de rosas, habían sopesado penurias y pesares dignos del más triste melodrama. Olga era la más pequeña de cuatro hermanos, valiente trabajadora y una superviviente en toda regla, en los años treinta, había contribuido a frenar la epidemia de tuberculosis que azotó las islas como enfermera voluntaria, poniendo en juego su salud en beneficio de los más necesitados. Paco tampoco tenía pareja, era el médico del valle, no tenía titulación, pero había estudiado algunos años medicina, la muerte de sus padres y la consiguiente orfandad de Olga, le habían obligado a abandonar la carrera para ocuparse de su hermana, sus conocimientos y una vocación desmesurada, contribuyeron a que aunque sin licencia, los vecinos del lugar depositaran su total confianza en él. Generoso, Paco no cobraba por sus servicios, estos eran retribuidos con la voluntad del paciente, a veces alimentos, otras una pequeña aportación económica, medicinas, ropa, etc. Fuera cual fuera el pago por sus servicios, Paco siempre tenía un gesto cómplice y amable para ellos.

Los días, los meses y los años pasaron para mí, repartida quedó mi infancia entre aquellos dos hogares, y aquel primer sentimiento de miedo e indiferencia que sentía por mi familia de acogida, se fue tornando en un amor especial, incondicional, de aquel que se sabe sincero, del que se presume eterno. De mi estancia con ellos, guardo quizás uno de los recuerdos más bellos que puedo albergar. En la víspera de Reyes, día previo al de mi cumpleaños, pues nació un

caprichoso 6 de enero, ocurrió algo inusual. Siempre celebraba señaladas fechas junto a mi familia natal, y como era costumbre, la festividad solía discurrir en la más completa normalidad, un almuerzo algo más copioso de lo habitual y algún que otro detallito, fruto del desapego de mis primos hacía sus viejos y destartalados juguetes, era lo usual, pero ese día algo diferente sucedió. En la víspera de mi séptimo cumpleaños, fruto quizás de la insistencia del pasible Paco y de la infatigable Olga, mis padres me hicieron el mejor regalo que podía esperar, dejándome disfrutar de aquel mágico día, en compañía de mis amados vecinos.

La pequeña y modesta casita del valle parecía otra, estaba tan cuidadosamente decorada, que automáticamente me transportaba a aquellos maravillosos parajes solo factibles en los cuentos de hadas que Celia me narraba. Las paredes estaban engalanadas con guirnaldas y estrellitas de papel brillante cuidadosamente recortadas, un enorme y ornamentado árbol de navidad copado de bolas, figuras y motivos navideños presidía la sala, y en lo alto, sujeto a la pared del fondo del salón, un inmenso cartel que rezaba “¡Feliz cumpleaños y feliz día de Reyes Juanita!”. Mi alegría era inmensa, me sentía como en aquellos cuentos. El día pasó de sorpresa en sorpresa, tras risas y juegos, llego la hora de la merienda, Paco apareció con una gran tarta, aún la recuerdo, recubierta de chocolate y merengue, mis ojos atónitos y el gesto mudo, nunca había podido disfrutar de una tarta de cumpleaños, los allí presentes, entre aplausos y carcajadas, parecían disfrutar del momento tanto como yo. Mi dicha no podía ser mayor, o eso inocentemente pensaba. Al caer la noche, descansaba ya acurrucadita en mi cama, arropada entre aquellas gruesas y cálidas mantas de ganchillo, inmensamente feliz por el maravilloso día que había transcurrido, cuando Celia me despertó apresuradamente, el reloj marcaba la media noche, y yo desconcertada me incorporé como pude.

“¡Corre Juanita, corre!” me apremió.

Ambas nos dispusimos frente a la ventana de la habitación, la noche era preciosa, limpia, las estrellas y la luna se vislumbraban con una nitidez asombrosa, al igual que la silueta de la montaña, esbozada sobre aquel inmenso y precioso lienzo. Yo miraba a Celia desconcertada.

“¿Qué pasa Celia?” pregunté, mientras frotaba con el dorso de mis manos mis ojos entreabiertos.

“Espera...mira allí mi niña, al fondo, entre la arboleda” me indico, señalando el lugar con el dedo.

Unas lucecillas descendían centelleantes ladera abajo, mis ojos aún entornados por el sueño se abrieron como platos.

“¿Son los Reyes Magos?” pregunté.

“¡Claro mi niña, son los Reyes Magos!”, exclamó risueña mientras desenredaba plácidamente mi rubio cabello.

Estuvimos allí unos minutos observando el deambular de aquellas luces bajo la oscuridad de la noche. De vuelta a la cama, mi corazón latía tan apresuradamente que casi podía sentirlo, y en mi cara se dibujada una amplia y radiante sonrisa, que dichosa me sentía. Inevitablemente, mi cuerpo volvió a caer presa del sueño y el cansancio, acompañado del agradable y somnífero tintineo de unas campanillas que sonaban a lo lejos, serán los Reyes Magos pensé, instantes antes de caer de nuevo plácidamente dormida.

Con los años y con la pérdida de esa maravillosa inocencia que tienen los críos, comprendí que aquel hermoso e inolvidable momento, lo habían protagonizado otro tipo de majestades, no venidas del lejano oriente, si no de mucho más cerca, menos solemnes, pero extraordinarias al fin y al cabo, pues Olga, Paco y Celia eran aquellos mágicos y soñados Reyes, soberanos de un reino bastante más pequeño en tamaño, pero tan grande en ilusión, como era el de mi corazón.

El tiempo paso, y debido a causas mayores regresé con mis padres, aunque ya no convivía con mis tres amados vecinos, nunca me separé del todo de ellos. A día de hoy solo Celia permanece a mi lado, pues mis añorados Paco y Olga, ya hace años que se fueron, y aunque hoy no estén junto a mí, las lucecitas de su recuerdo brillarán por siempre en mi memoria.

2º PREMIO 2016

Relato: LA MEMORIA DEL AZÚCAR

Autor: JOSÉ RAMÓN HERNÁNDEZ LÓPEZ

Teníamos cerca el parque municipal, un lugar mágico donde nos sentíamos transportados a otra dimensión. Estaba poblado por árboles exóticos, plantas tropicales de flores multicolores, grandes espacios donde jugar y correr, estatuas de personajes ilustres y hasta había una gran fuente con chorros de agua que solo conectaban los domingos. Para nosotros era un frondoso bosque asediado por un diabólico ejército de grises edificios.

Por las tardes, todo el grupo de chicos se daba cita allí. Jugábamos a la pelota o hablábamos de nuestras cosas, pero a mis padres no les gustaban aquellas compañías, porque pensaban que yo no debería tener nada en común con aquella tropa, y que sus influencias no me convenían. Así que, a menudo, me veía obligado a mentirles o a esconderme para ahorrarme algún que otro tortuoso sermón.

En la esquina de abajo estaba instalado un modesto quiosco de prensa y chucherías, al que acudíamos regularmente, dependiendo del estado de nuestros fondos, a comprar golosinas o a tomar el pelo al dependiente.

Aquel día, mientras el resto de la muchachada corría sin parar detrás de una vieja pelota, fui yo el encargado de recoger un pequeño botín de calderilla, unas siete pesetas en perras chicas y gordas, reunidas entre todos, con el objeto de comprar un generoso puñado de almibarados caramelos. Esos que tenían forma de gajo de naranja en miniatura y que eran los que más nos gustaban, de entre la escasa variedad de chucherías que el quiosco exponía en unas viejas cestas de mimbre.

Al llegar a aquella especie de caseta, comprobé con sorpresa que el dependiente no era el habitual, sino que, en su lugar, había otro. Un hombre un poco más joven y amable que el malhumorado Mariano.

-Buenos días, ¿qué le pasa hoy a don Mariano? –pregunté extrañado.

-Buenas, chico. El pobre don Mariano está enfermo. Yo lo sustituyo por unos días. Me llamo Jacinto.

-Ah..., pues esperemos que se recupere... pronto –dije casi tartamudeando.

Don Jacinto era un hombre que aparentaba cincuenta y pico años y que, a primera vista, llamaba mucho la atención por tener unas oscuras orejas de borde tan sorprendente, que seguro algún avezado geógrafo no habría dudado en asimilar al mapa de una costa muy accidentada.

-¿Qué quieres? Parece que acabas de ver a un fantasma –me soltó al ver mi cara de asombro.

-Siete pesetas de esos... –acerté a decir titubeando, mientras mi mano descargaba toda la calderilla sobre el ínfimo mostrador. Yo había leído algunos casos de congelación en nariz y orejas de montañeros, exploradores o alpinistas, pero aquel caso particular de pabellones auriculares se apartaba con mucho de todo lo que había imaginado.

-¡Obstinados naranjitos, como se pegan los condenados! –murmuró él entre dientes.

Con cierta torpeza, don Jacinto fue contándolos uno a uno hasta formar un gran puñado de caramelos en el fondo de un endeble cartucho de papel y, antes de entregármelo, se entretuvo aún un poco más en contar todo aquel vil metal. Entonces no pude resistir más.

-Oiga, don Jacinto, si no es indiscreción, ¿qué le pasó en las orejas?

-Es una larga historia, muchacho... Está bien, justo siete pesetas.

Me alargó el atiborrado cartucho y yo lo cogí, esperando ansioso su explicación.

-Pues me gustaría conocer su historia.

-Bien, pues verás. Cuando yo era pequeño mi familia era muy pobre, tan pobre que no teníamos ni siquiera casa. Vivíamos todos juntos, nuestros padres, mis ocho hermanos y yo, en una desvencijada cueva del Barranco de Santos. –Mientras yo intentaba centrarme exclusivamente en lo que me contaba don Jacinto, la pandilla parecía empezar a impacientarse y algunos chicos comenzaban a gritarme desde lejos. Sin duda, nuestro síndrome de abstinencia de sacarosa, en aquella época, era tan fuerte como hoy el de la droga más dura, pero yo solo tenía oídos para aquella voz cansada por los años—. La cama de mis padres – continuaba contándome– no era sino un colchón de tela raída relleno de paja de millo, acostado sobre un somier de varas entrelazadas traídas desde el fondo del barranco. Los demás dormíamos apiñados como podíamos, sobre viejas tablas polvorientas o dentro de algún cajón con pinocha si nuestra estatura lo permitía. Pasábamos frío y muchísima hambre, pero hambre de verdad, no como la de ustedes que a media tarde desesperan por una mísera ración de azúcar. –De vez en cuando, me obligaba a girar la cabeza para comprobar el nivel de impaciencia de nuestro grupo atlético, que ya parecía desentenderse del juego para centrarse en el impedimento de mi rápido regreso, pero, a estas alturas, su actitud me importaba muy poco—. Y una noche, –seguía relatando don Jacinto– pasó lo que tenía que pasar. Como también las ratas del barranco tenían su hambre, tanta o más que la nuestra, decidieron probar mis orejas. Las muy condenadas soplan mientras comen, enfriando de esta forma la herida, y así apenas sentía dolor con sus mordiscos, por lo que no acerté a despertarme mientras se daban el banquete...

No puede oír nada más. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me sentí invadido por la angustia y salí corriendo despavorido. En mi apresurada huida tropecé con alguien y

me fui al suelo, pero no solté la compra. Al llegar a la altura del campo de juego creí oír algunas protestas.

-¿Qué te pasa? ¿Has vista al diablo? ¿Estás loco?...

-No... es que tengo que irme. Cojan el cartucho..., yo no quiero.

Se me había puesto muy mal cuerpo y no pude parar de correr hasta llegar a casa. Al entrar al portal apreté las palmas de las manos contra las orejas y me refugié en cuclillas bajo el hueco de la escalera, hasta que la aterradora historia de don Jacinto dejó de repetirse en mi cabeza.

Cuando, después de unos días, volví a ver a toda la pandilla en el parque, noté algo raro en sus miradas, como si ya no fuera uno más de ellos...

3er PREMIO 2016

Relato: BENJAMÍN

Autora: DESIRÉE JIMÉNEZ SOSA

El abuelo Benjamín tenía los bolsillos llenos de boliches y piedras suaves. Al amanecer recorría la playa con las manos en busca del tesoro. Se paraba a cada rato en el camino de tierra que conducía al parque si las piedrecitas brillantes llamaban su atención. A veces intentaba lanzarlas al mar, pero nunca llegaban lejos. Solía regalárselas a los niños y, si podía, los observaba haciendo volar las piedras. Las veía rebotar con una sonrisa hasta que se perdían entre las olas. El abuelo también buscaba monedas olvidadas en las cabinas de teléfono y bajo los bancos de la plaza. Me enseñó a pedir deseos en la fuente aunque no fueran a cumplirse. Él tiraba monedas conmigo y yo me enfadaba porque no quería decirme lo que había pedido.

Comprábamos golosinas en el bazar y nos las comíamos a escondidas. El abuelo tenía una caja especial donde ocultaba el chocolate. Cuando se lo metía en la boca le brillaban los ojillos y se reía tanto que al final nos dolía la tripa, no sabíamos si por la risa o por las golosinas. Al rato me arrepentía y se lo contaba a la abuela, porque el abuelo Benjamín tenía diabetes y yo pensaba que se iba a morir por mi culpa.

También me enseñó a jugar a las cartas y al dominó, pero no a hacer trampas como él. Yo no ganaba nunca y me sentía mal conmigo misma porque no conseguía averiguar si el abuelo estaba haciendo trampas o no. En ocasiones intentaba jugar conmigo al escondite pero se ponía triste cuando contaba hasta seis.

Un día encontró un castillo de juguete en la basura y lo limpió para regalármelo. Fue mi juguete favorito durante mucho tiempo, y me maravillaba que el abuelo siempre encontrara cosas tan estupendas como aquella en la calle.

Su comida favorita eran las natillas con galleta y tenía cajones llenos de disfraces. Quería hacernos reír cuando se ponía el fular de plumas rosa y se pintaba los labios como la abuela y le robaba la ropa y cantaba dónde vas con mantón de Manila. La abuela hacía como se enfadaba, pero en realidad sabíamos que no, y de todas formas se le pasaba cuando el abuelo Benjamín le traía flores que robaba de los parterres.

Yo oía susurrar a mis padres, a mis tíos, que el abuelo estaba muy mal, que no se sabía cuándo. Se iba a morir. Yo me encerraba en el baño y lloraba. Lloraba por las noches y no se lo contaba a nadie. Dejamos de ir al parque. Solo lo veía en casa, en su cama oscura y arrugada. Intentaba llevarle piedras de colores, pero no captaban su interés como antes. Ya no traía boliches en los bolsillos, ni comía caramelos. Se murió sin que yo me diera cuenta. Una noche, vino mi madre a decirme que el abuelo Benjamín se había muerto. Yo no sabía que estaba malo, en el hospital. Sentí que habían orquestado su muerte a mis espaldas, sin contar conmigo. En el tanatorio no me dejaron ver su cadáver porque decían que era muy pequeña.

Ahora he crecido y me he convertido en una mujer que él nunca conocerá. Una mujer que tiene miedo a olvidarlo, a olvidar al abuelo niño que la enseñó a pedir deseos en la fuente, a jugar a las cartas y a comer chocolate.

Relato: RELATO DE UN RECUERDO

Autor: JESÚS DOMINGO TRIVIÑO RODRÍGUEZ

Ya no se ven esos mares azules de veletas muertas ni tampoco los musgos verdes y rojos de los veranos. Todo cambia, todo desaparece y no nos damos ni cuenta o no sabemos el porqué de las cosas.

Cuando niño eran tan pocos los recursos que para entretenernos, nos inventábamos juegos, de hecho, todos los que conocemos fueron inventados. Nos entreteníamos pisando esas “aguas vivas” que es muy raro verlas hoy. Nos picaban haciéndonos unas ronchas horribles, nos orinábamos para que se nos quitara ese picor. -A ustedes les parecerá raro ver tanta agua viva varada en la arena y quizá no sabían que picaban. Mi consejo es que vayan a Amance a casa la carpanta y ella les dirá quien tiene un ungüento de cebo de pardela que es mano de santo.

Me pareció que hablaba con alguien conocedor de la vida de otros tiempos y me atreví a preguntarle: Sr, me gustaría... (me cortó de pronto) y dirigiéndose a mí con tono autoritario dijo:

Sr. Donan, así me llamo y es bueno saber con quién estás, tu eres joven y te gustará saber mi nombre y yo el tuyo-. Suspiré con dificultad disimulando y dijo: ¿qué me ibas a decir?

Perdón, mi nombre es Gonim, le dije un tanto apresurado. Quería, precisamente, saber su nombre, si no le importa. De ninguna manera, me dijo.

Me indicó con la mano un muro que había en el centro de la playa para que nos sentáramos y dijo: Este trozo de muro lleva aquí más de 200 años. Un aluvión arrasó con cuanto encontró a su paso, fue en el año 1826 y, a pesar de la empalizada que se ordenó construir, ocurrió lo

peor. Fue tanta la lluvia y durante tantos días que no resistió. Murieron 298 personas y 1176 cabezas de ganado.

La riada se llevó el castillo, llamado “San Pedro”, con el cabo de guarnición y su familia, una docena de casas y parte de la capilla del convento dominico y por lo que desapareció la primitiva imagen de la Virgen de Candelaria. Tal fue de enorme y grande que no se conoce tamaño desastre después del de la conquista. El castillo fue mandado a construir en 1.697 por el Capitán General D. Pedro de Ponte.

La talla de la Virgen era de madera policromada, su altura de unos nueve pies, o sea, 1.20m. Llevaba en su mano izquierda una vela y un niño en la derecha. En el cuello de su manto aparecen unas letras, lo mismo en las bocamangas y al final de su capa. Expertos eruditos en caligrafía intentan averiguar el significado pero aún está por ver.

Las costas de Tenerife, como de otras islas estaban repletas de árboles de una madera apetecible, el pino canario, el abeto, nogal, castaño etc. Fueron esquilados de mala manera con el fin de surtir a la débil flota española.

Tenía la sensación de estar asistiendo a una clase de HISTORIA CANARIA.

¿Estoy aburriéndote? Me dijo extrañado. No, por favor, es muy interesante. Le dije.

Es solo un pequeño esbozo de nuestra historia. Hay muchos pequeños momentos interesantes.

¿Por ejemplo?. Dije.

Nuestras costumbres, nuestra vida cotidiana, nuestro acervo cultural, etc...

Allá por los años 1920 más o menos, por no tener no teníamos ni agua. Si, ni siquiera agua dulce que tanta vida nos da. Recuerdo que hasta

hace pocos años había pocos sitios donde coger agua para nuestras necesidades, tu bien sabes y de eso no hace mucho, ibas por una lata de agua a casa D. Policarpo y Doña María te llevaba a la huerta de platanera que había detrás de donde esta lo que fue el cine Mascareño y te cobraba una perra gorda. Se usaban unas angarillas de dos latas con un palo para llevarlas al hombro. Aunque, dicho sea de paso, Candelaria no se puede quejar de tener poca agua si pensamos que por casi toda la costa mana el líquido elemento. Cosa que no se aprovechó, y ni se ha aprovechado, a excepción de un importante industrial forastero.

Creo, dijo D. Donan, haciendo un ademán de ¡qué le vamos a hacer! que saben todos los candelarieros que el agua dulce mana por casi toda la costa.

La Cueva de la Virgen es testigo de la cantidad tan grande que brota en ese punto que fue necesario instalar una máquina, o motor de bombeo para elevar esa agua a las charcas que se encuentran en cotas más elevadas para aprovecharla para riego de las fincas de Punta Larga. Por lo que, su caudal debe ser muy importante. Eleva el agua (unas 400 pipas) a una altura de 150 - 200M. A una distancia de poco más de 50 metros, está El Pozo de La Virgen, donde se dice que abrevaban las cabras de los Guanches cuya referencia data de 1.433. El pozo que llamamos La Noria que estaba donde ahora está Mercadona, era tanta la cantidad, que se colocó la noria movida por bestias para servicio personal, bebida, comidas, aseo etc.

La historia basada en La Aparición de La Virgen, cuenta en documento escrito por los años de 1433. (Hay duda en la fecha) en donde Roma, la Iglesia, ordena que los guardianes de La Virgen, dominicos, tomen posesión de los dominios desde la Cueva de Advinico (San Blas) hasta el Pozo de la Virgen., cosa que es extraño entender ya que los datos de nombres están muy cercanos a la aparición. Es curioso también, ver los lienzos colgados en La cueva donde se saca a la Virgen en andas por los guanches y por la misma playa.

A Ella se le conceden muchos milagros:

La Piojosa.

Una feligresa de Arafo insiste que su hija le acompañe a ver la Virgen, al llegar a su presencia la hija se dirige a su madre diciéndole extrañada: ¿Esta es La Piojosa? La Madre furiosa le reprende por la falta de respeto. Pasa poco tiempo y la niña comienza a rascarse la cabeza y una fuerte picazón la tenía loca hasta que su madre decidió cortarle la hermosa cabellera y ofrecerla a La Virgen en promesa para que la sanara y no sufriera tanto. El hermoso mechón de pelo estaba en una pequeña caja de cristal y colgada en la pared del convento hasta el traslado a la basílica. Todas las muestras de milagros y favores desaparecieron en esa época. Se ignora dónde está el “baúl del Moro” con sus cadenas. El milagro del “Enriscado” (cuadro al óleo) etc. Así como miles de figuras de cera, manos, pies, ojos, muchas cosas que ya no veremos.

Nuestra historia es muy hermosa e interesante. Lo que hoy es La Basílica, fue un cementerio en época remota, pues, recuerdo, yo de niño jugando a la “escondidilla”, encontrarme huesos dentro del solar que años atrás quiso ser otra iglesia, pues tenía unas enormes columnas a medias, un arco de hormigón queriendo ser el altar.

En aquella marea de arena más gruesa de lo normal, pues el viento se llevaba la más fina, jugábamos a la pelota, pelota de verdad, la hacíamos con medias de nuestras madres o abuelas porque eran de tela gruesa y debajo del balcón del cabildo se hacía La Luchada.

Lo más normal eran los boliches, el trompo, monta la chica y el “changano” que consistía en poner cada jugador una cantidad de perras sobre una pequeña torre de callados y a una distancia acordada, se lanzaba un callado más fino y lo que quedaba encima en tu laja (callado muy plano) era tuyo y así hasta el final.

Se sufría mucho, aquello era una vida perra. En las casas se trabajaba desde pequeño. Si faltabas a la escuela el maestro exigía una nota de los padres. A veces llegabas ya oscurecido. Recuerdo a mi madre subir hasta los canteros con la comida.

A la mar íbamos de madrugada si cogían algo Las trineras. Íbamos al Pozo a ayudar a varar, siempre había algo para comer.

Por otro lado, los acontecimientos surgidos en otros países, como Italia, Francia, Alemania y en el nuestro, España, hicieron que las miserias aumentaran. Las guerras no traen más que problemas, la nuestra nos da más de lleno ya que el dinero se emplea en armas, aviones, barcos de guerra, munición etc. Escasea todo a velocidad del rayo, no hay comida en las tiendas, ni se consigue por ningún lado. El Gobierno decide racionar todo y crea la cartilla de racionamiento. Son cupones que te limitan la cantidad que necesitas. El sistema provoca la pillería y te ves obligado al trueque; cigarros por azúcar, aceite por café, en fin, se agudiza la mente que te convierte en experto. Como consecuencia del sistema, desaparece el poco trabajo que había y lo poco que entra en casa no alcanza para nada y surge el “fiado”, la libreta del fiado era doble, una para el cliente y la de la tienda, en donde se apuntaba lo que debías y a fin de mes a sufrir. Nunca alcanzaba y se veían obligados a vender hasta los pendientes de la abuela. Digo, ellos, porque los que tenían un canterito, podían cosechar alguna piñita de millo, papitas, chicharos, batatas y se las arreglaban. Para endulzar el café, se usaban, rapaduras, caramelos y el café era, la mayoría, hecho de cebada.

Como éramos pocos, “parió la abuela” a continuación del último tiro disparado en España, empiezan los alemanes la segunda guerra mundial. La debacle, el “cambullón”, y se hace popular el trabajador del muelle. Recordemos a varios candelarieros preguntando en la centralita de teléfono por qué número iba la lista.

Fue una época mala pero, por esos años, surge un incipiente turismo que, quieras o no, nos abrió un poco los ojos y nos ayudó a espabilarnos.

Se pone de moda los golpes de estado militaristas, como Alemania, Italia, España, Portugal, etc. y en la América Española como Cuba, Ahití, Sto. Domingo, Venezuela, Colombia, Chile, Perú, Bolivia, Argentina, etc.

Se hacen muy amigos Franco y Perón, por lo que recibíamos la famosa leche en polvo y otras prebendas.

Pérez Jiménez, militar presidente del Gobierno Venezolano, decide llevar canarios con manos callosas para cultivar millones de acres de tierra baluta en ese país. Allí todos tenemos algún familiar que con el fruto de su trabajo ha colaborado en el desarrollo de estas islas.

Muchos de los alzados eran canarios que encabezaban las intentonas al Palacio de Miraflores. Entre sus próceres contamos con Andrés Miranda, creador de la bandera venezolana. Andrés Bello y el propio Simón Bolívar, aunque era de procedencia Vasca. Volviendo aquí, a Candelaria:

Todos recordamos la salazón de pescado que se instaló en donde está la máquina del agua en el Pozo. La época fue de unas capturas de pescado azul tan grande que fue necesario aprovechar tanta pesca y por ende, dio trabajo a muchas personas. Queda atrás la época de la "jarea" y las ventas se alegran un poco. Amalia, en Sta. Ana, La Carpanta en Amance, Maximina, Luis Castro, etc. recobran una actividad que hace presagiar tiempos mejores. El servicio militar podía ser una solución o un fracaso. Los empaquetados de plátano y del tomate ayudan a mejorar un poco. Había verdaderos malabaristas en vitolar la fruta, a lanzar el tomate de una mano a la otra quedando envuelto en un papel que lo protegía y caía en una cama de viruta que evitaba los golpes. Paquito o su primo Jaime competían en la habilidad de clavar la tapa de los cestos en el menor tiempo, no se les veía las manos y los clavos los tenían en la boca.

Desaparecen La cochinilla, los higos porretas, la caña de azúcar, el algodón, que se sembraba en los canteros de grava que había entre La

Cruz Pérez y El Pozo y en lo que fue campo de futbol, hoy estacionamiento.

Tenemos que dar gracias el haber nacido en estos lares. El Creador nos premió con el trópico que gozamos y la tranquilidad de Europa hace que surjan inversores del norte que buscan calor, descanso y tranquilidad, la vuelta a casa de nuestros amigos y familiares de Venezuela, Holanda, Reino Unido, colaboran con la recuperación, van desapareciendo los gobiernos de facto y aparece un sistema de libertades.

Nos apabullan las empresas constructoras y nace la tranquilidad:

Guarderías, Institutos, Universidades, colegios, academias especializadas en todo. Los ayuntamientos administran los dineros de tu pueblo. Nacen unos y desaparecen otros. Ya no hay trineras, El Cape, Cristóbal, los coches piratas: Pancho, Gonzalo, Aquilino, Arturo, Juanito Cruz, Paco Fariña. No existe las fincas de Punta Larga, Los llanos, la de Certorio, Los Curbelos, en La Rana.. La construcción se apodera de todo. La tranquilidad, el bienestar hace que nuestro pueblo llegue a los niveles de Europa o América, queremos casa, coche, trabajo y lo hemos conseguido.

Hoy, amigo Gonin, CANDELARIA es lo que hemos soñado todos. Con nuestra Patrona La Morenita, nos abrazamos, amigos.

Relato: MANGA NEGRA

Autor: ISRAEL REYES RODRÍGUEZ

Si ese día hubiese llovido, seguramente se hubiese pospuesto la ceremonia. Hubieran vuelto los asistentes, engalanados y sin engalanar, a sus casas, a sus vidas; prorrogando el parón necesario. Seguramente seguirían con su rutina, acarreado bestias con pacas, acarreado pacas con muchachos. Habrían dejado de regar lo regado, y de saciar la sed ya saciada. Las pociones alcanforadas hubiesen transmutado; cambiado de manos, de objetivos, de paladares. Se habrían guardado, reservado; hubieran dormido aun ignorando que estaban dormidas. Algunos se hubieran enfadado, contrariados por la falta de decoro del clima; otros hubieran opinado, planeado techumbres e ingenios, ramajos, para no postergar lo ya postergado. No se hubiesen contado los cuentos, las afrentas ni los arrumacos.

Pero no llovió y, aunque las bestias acarrearón, no hubieron pacas, sino varas e instrumentos. Vinieron los engalanados y los no engalanados, los jóvenes y los viejos, las muchachas y los muchachos. Vinieron todos, parando para bailar y entrar en rito. La sed que no existía se saciaba, y el hambre que se arrastraba se comía.

No se dormía, o al menos no tanto como era cotidiano. Sucedió, por influjo intangible y externo, que todos los que no se querían se odiaban menos y, aquellos que no se odiaban, se querían.

Reunidos, tantos por tan poco. No obstante, no todos aparecían con idéntico ánimo o talento. Unos venían por la riqueza de su bebida, otros por la abundancia de su pasto y, por ende, por la cantidad y calidad de su ganado; otros por su habilidad con cierto instrumento. Otros venían avalados por su conocimiento.

Estos últimos eran parte importante de la reunión. Duchos en el manejo de artilugios y mañas, eran capaces de conectar con realidades,

dimensiones trascendentales e inaccesibles para el resto de asistentes. A este se le llamaba chamán.

El chamán adoptaba una mirada peculiar; otra postura cuando establecía relación, contacto, si así se quiere llamar, con aquello que era inasequible para el resto. Utilizaba una suerte de faz negra para realizar su pausado ritual y, junto a dicha faz, un cajón oscuro sostenido por columnas de madera. Observaba, pensaba, se agachaba y levantaba, gravitaba y así transcendía, y hacía que trascendieran los que a su alrededor se encontraban.

Todos, casi sin excepción, querían tratar con el chamán, realizar la pausada danza, tocar la manga negra, aspirar, aunque solo fuera por un momento, a más. Todos aquellos que tuvieran posibles para ello, pues el apetito del chamán era grande, y grandes eran las ofrendas.

Y uno tras otro discurrirían los bailes, las danzas, las máscaras y las risas. Y el chamán, como si de una ofrenda divina se tratase, entregaba un objeto como saldo de su rito, un objeto que reunía todas aquellas características por las que el chamán era conocido. Algo que era capaz de trascender, un catalizador, formaldehído si así se puede entender. El chamán era conocido por que era capaz de parar el tiempo, y con él, la memoria. Y aquel objeto, caro, valioso y delicado es ámbar, y los asistentes, mosquitos.

Relato: CAMELO

Autora: ZEREZATHE GONZÁLEZ DÍAZ

La verdad es que nunca se sabe cuándo puede nacer una estrella, y el 14 de diciembre de 1925 nació una especialmente brillante y sumamente conocida en la isla de El Hierro. Su nombre es Esteban González Barreto, aunque todos por allí lo conocen como el Caramelo, pues en su juventud se dedicaba a pasearse por las luchas con una caja de caramelos.

Pero no comenzó ahí su historia, ya le había costado mucho trabajo llegar hasta ahí, pues nació en la isla de Fuerteventura, donde no solo fue barbero, sino que tuvo una cantina. Allí tenía un tío curandero (profesión conocida antiguamente como estilero), al cual una cabra le arrebató un ojo, lo que no impidió que el hombre siguiera ejerciendo su profesión y encargándose de curar a todo el que lo necesitase. Pero posteriormente Esteban viajó hasta la más alejada de las islas Canarias buscando su destino, y su sonrisa y la calma con la que pasea por la terraza de la casa que construyó con sus propias manos, demuestran que lo logró.

Cuando llegó a la isla, trabajó en una casa en la que solo le pagaban con comida y dormía en un camastro que él mismo había fabricado con tapones de corcho sobre cuatro sillas. Posteriormente pasó a vivir en una cueva en El Tamaduste y se desplazaba hasta el más remoto lugar de la isla en el que ofrecieran un puesto de trabajo, no importaba lo que tuviera que hacer, siempre y cuando estuviera dentro de sus posibilidades.

Al poco de estar en la isla tuvo que ser ingresado en el hospital, donde lo operaron de apendicitis, convirtiéndose en el primer paciente que pasaba la recuperación en el mismo, pues como vivía en una cueva, no tenía donde quedarse. Los lazos del destino son caprichosos, e hicieron

que allí conociera y se enamorara de una mujer que venía de La Gomera con el mismo fin que él: buscarse la vida. Se casaron y Esteban siguió luchando y trabajando por sacar adelante a su familia, logrando tener el dinero suficiente para comprar un terreno en Valverde y aprovecharlo, no solo para construir su casa, sino para usar una parte del mismo para crear un bar. Muchos lo recuerdan con cariño por toda el hambre que mató, pues su bar se encontraba frente al instituto, y todos los alumnos del mismo iban a dar con él.

También ayudó de sacristán en la iglesia de Valverde, allí, el cura le regaló unos zapatos porque siempre andaba descalzo, pero con la condición de que se los pusiera únicamente para asistir a las misas.

Mientras tanto, su familia no dejaba de crecer y, mientras él seguía trabajando con esfuerzo, sus siete hijos llegaban al mundo, destinados a tener una mejor vida que la que él había tenido. Él no se rendía, su fuerza, aumentaba por el cariño de su mujer y la sonrisa de todos sus hijos, le hacía crecer cada día y querer progresar, buscar siempre lo mejor para ellos.

Nunca ha dejado de luchar y, con el tiempo, logró tener el dinero suficiente como para comprar un terreno más alejado en el que se encargó de cultivar papas, así como otras cosas, y donde construyó una casa a la que se retiraba durante algunos días a descansar con sus nietos algunos años después.

Tras mucho esfuerzo, sin llegar nunca a rendirse, logró mejorar aún más su calidad de vida, ahorrando lo suficiente para comprarse un terreno junto a la costa en La Caleta, donde, junto a dos de sus hijos, construyó una casa en la que pasó a vivir con el mayor de ellos, viendo crecer a algunos de sus nietos.

Esa casa junto al mar se convirtió en un refugio, en el lugar de reunión de la familia entera que, durante todas las navidades y veranos, se siguen reuniendo en la misma y celebrando los logros del cabeza de familia, ese que, a pesar de tener diabetes, sigue siendo un hombre

dulce cual caramelo y, a pesar de requerir siempre de un bastón o un andador para desplazarse, no se rinde nunca, sigue luchando cada día y dedicándose a descansar y a disfrutar de los suyos, pues no son pocos los bisnietos que tiene y que van a verlo, provocándole múltiples sonrisas y la sensación de haber cumplido todo lo que en su juventud se propuso. Allí se dedica a recitar poemas a quien se pare a escucharlo, algunos antiguos cantares que su mente aún recuerda, así como otros que él mismo ha inventado.

A pesar de que hace ya algunos años que llevo en el hombro un caramelo naranja tatuado en su honor, mi héroe particular tiene otro nombre para mí. Con una amplia sonrisa de orgullo, yo puedo decir que tengo la gran suerte de poder llamarlo *mi abuelo*.

Relato: ARGELIA

Autora: MARÍA DEL PILAR BLANCO HERRIZ

Se palpaba en el ambiente que el día sería frío, ya solo le quedaba una cabra que ordeñar antes de que el gallo cantara al amanecer. Abrió el redil para que el resto de los animales salieran a pastar, seguidamente y con paso firme se dirigió al dormitorio de sus hijos.

-¡Carmelita! ¡Pedro! ¡Arriba gandules! La burra está lista y esperando.

-Por Dios, madre, un día nos deja sordos -le contestó su hijo sobresaltado.

Pedro era su primogénito, fuerte, alto, de carácter tranquilo y el manitas de la familia. Por las mañanas ayudaba a su madre y a su hermana con el reparto y por las tardes cogía su vieja bicicleta y con su inconfundible flauta iba anunciando su llegada, era el "afilador oficial del pueblo". No había herramienta que se le resistiera, cuchillos, tijeras, sierras... Las dejaba como nuevas y no le hacía falta usar la megafonía, su característico sonido se oía por donde pasaba. Carmelita era la pequeña y el vivo retrato de su madre, al contrario que su hermano era un saco de nervios, odiaba madrugar y estaba harta de hacer el reparto de la leche y los quesos día tras día por aquellas angostas veredas. Cuando llegaba el invierno era mucho peor, el frío y la humedad dificultaba más el acceso a los caminos y con la vieja burra el esfuerzo se duplicaba. El sacrificio de ambos chicos no terminaba ahí, porque al regresar y bien entrada la tarde tenían que ir a casa de D^a. Francisca (la maestra del pueblo) para seguir sus estudios.

Argelia era una mujer aún joven y fuerte, su madre murió cuando ella tenía 13 años y a los 16 se casó. Su marido emigró a Venezuela buscando fortuna cuando los niños eran muy pequeños, pero jamás regresó, así que de "ese tema" nunca se hablaba. Argelia asumió ese trago y luchó duramente trabajando en las labores del campo de sol a

sol y ayudando su padre con el rebaño de cabras. El padre de Argelia, D. José poseía unos de los rebaños más grandes de aquella zona y al morir le dejó todo a su hija. Tenía dos hermanos mayores pero los dos emigraron a Cuba y, al igual que su marido, nunca escribieron ni regresaron. Así que ella sola se hizo cargo de una parte del rebaño, el resto lo vendió a un familiar. Cuando los chicos alcanzaron una edad ella les enseñó el oficio.

No solo repartían la leche fresca al pueblo, también elaboraban uno de los mejores quesos de la zona, (receta de su abuela). Cuando llegaba la Navidad tenían una gran demanda de encargos, ya que la carne de sus cabras era muy conocida y apreciada, lo que hacía que sus vástagos no sintieran ninguna alegría al llegar tan señaladas Fiestas. Para ellos no suponía regalos ni grandes comidas, (eso era para la gente rica). Según su madre, ellos no eran ricos ni pobres, ellos eran "humildes" que es diferente, o sea no tenían lujos ni muchas cosas, pero no les faltaba la comida.

Pedro y su madre por esas fechas se encargaban de hacer la matanza de los pobres baifos y como Carmelita se negaba a entrar en semejante "asesinato en masa", ella se encargaba de los quehaceres de la casa, además de limpiar el corral donde tenían a la burra, gallinas, conejos y un pequeño goro donde vivía "Pancracio", un hermoso cochino negro que era el orgullo de su madre.

-¡Mamá! ¡Margarita no quiere moverse y está de nuevo cojeando! -gritó Carmelita desesperada.

-¡Madre de Dios! ¿Otra vez está la burra enferma? -¡Pedro, vete a buscar a D. Evaristo, corre, hay que repartir la leche y los quesos como sea!

D. Evaristo era toda una institución en el pueblo y hacía las veces de "médico-veterinario", tanto traía niños al mundo, como sacaba muelas, arreglaba todo tipo de torceduras o castraba cualquier animal. A demás ejercía de psicólogo para medio pueblo. A los 20 minutos y con el

corazón en la boca, su hijo entraba por la puerta con D. Evaristo sudando y sofocado.

-Bueno, veamos esta vez que tiene la burra. -comentó el médico limpiándose los sudores.

Mientras el médico reconocía a la vieja burra no perdía detalle de la trifulca que Argelia tenía con sus dos hijos para que llevaran la leche y los quesos a repartir, sin más ayuda que su esfuerzo y resignación. Mientras su hijo la miraba y callaba, la pequeña se revelaba intentando hacer comprender a su madre que "aquello era una salvajada" y que ellos no eran mulas de carga. Al final Argelia muy a su pesar, dio su brazo a torcer y sólo los mandó a repartir a las casas más cercanas.

Cuando los chicos se marcharon D. Evaristo aprovechó para hablar con Argelia, que aún seguía ofuscada.

-Hija mía, prepárame un café de los tuyos que tenemos que hablar tranquilamente -le comentó D. Evaristo con una sonrisa. El médico le hizo ver que su hija tenía razón. La burra era muy vieja, y además de tener la pata trasera en muy mal estado, ya no tenía visión en un ojo.

-¡Pues vaya novedad, ya me podía decir algo que no supiera! ¿Pero de donde saco yo para comprar otra burra? Don Evaristo, el techo se nos está cayendo a trozos, y aunque mi Pedro hace lo que puede, no es suficiente. Solo tengo para una cosa y ahora la prioridad es el techo. Usted sabe bien que en unos meses volverá el frío y la lluvia y sin un buen techo que nos resguarde, aquí no se puede vivir.

Argelia se dejó caer en su vieja mecedora totalmente absorta, mientras miraba por la ventana a un punto indefinido. Sin darse cuenta sus recuerdos se agolparon. Siempre había tenido una vida dura, siempre a expensas del clima, de que la cosecha no se pudriera o se quemara por el frío, el cuidado diario de los animales...esas largas noches para que las cabras no se murieran al parir o cuidar de que sus crías, no contrajeran las típicas enfermedades. Quedarse con las manos

agrietadas por el frío, cuando ordeñaban las cabras o elaboraban el queso. Solo tenía 9 años cuando acompañaba a su madre, y se cargaba sobre su cabeza una enorme cesta llena de cacharros de leche e iba sorteando los caminos y las veredas que comunicaban la Esperanza con La Laguna. Algunos días procuraban ocultarse del "Fielatero", que era el que determinaba la calidad de la leche. Si se quería vender la leche en Santa Cruz, había que pagar el Fielato, o sea un tributo por la venta del producto. Demasiado esfuerzo para una niña, siempre trabajando y pasando calamidades. Desde luego no estaba dispuesta a que la historia se repitiera. D. Evaristo la miró con ternura mientras contemplaba a una mujer fuerte y luchadora, que solo trataba de seguir adelante.

-Escucha Argelia, sé que no es sólo eso lo que realmente te preocupa. He hablado con D^a Francisca y me ha contado que estás haciendo lo indecible para que tus hijos se formen y abandonen este tipo de vida. Eso te honra y como padre te entiendo perfectamente. Escúchame y verás que todo se puede lograr.

La charla de D. Evaristo dio sus frutos. Pasaron años y gracias al esfuerzo de Argelia, al tesón de sus hijos y a los buenos consejos de D. Evaristo, el negocio de la leche y los quesos fue prosperando. Invertieron las ganancias como les aconsejó el médico, creando una pequeña empresa de lácteos y comprando una guagua donde transportaban a otras lecheras para vender el producto. Todo eso ayudó a que sus ganancias se triplicaran y que sus vidas dieran un profundo cambio. Por fin Argelia pudo conseguir lo que tanto ansiaba para sus hijos, darles estudios y una vida diferente a la suya.

Argelia rozaba ya los ochenta, seguía viviendo en la misma casa que la vio nacer, aunque algo restaurada por decreto de los hijos. Conservaba alguna cabra y al biznieto de Pancraccio, (su hermoso cochino negro). Había conseguido su sueño, dejarles una vida más estable y tranquila, en la cual no tenían que mirar al cielo rezando para que el tiempo acompañara a las estaciones, ni llegar a casa con la espalda destrozada

por el peso y las piernas hinchadas por las interminables caminatas. Argelia no cabía en sí de gozo, por fin la vida le había recompensado.

Se dirigió al buzón como todos los días y vio con alegría que había una carta de sus hijos con una foto dentro. Ella no sabía de las nuevas tecnologías ni falta que le hacía.

-¡Menos mal una foto como Dios manda! -exclamó Argelia con alegría.

Después de leer la carta cogió la foto y se quedó un buen rato mirándola. Sus hijos con sus respectivas familias se habían ido de vacaciones. Detrás de ellos se divisaba una estatua muy rara con cuerpo de león y cabeza humana. "Con cariño desde Egipto" -decía detrás de la foto. Argelia se la colocó en el pecho abrazándola y cerrando los ojos.

Por unos segundos le pareció oír que alguien la llamaba y dejó de arrullarse en su mecedora. Era el inconfundible sonido del rebaño, el tintineo de los cencerros y el balar de las cabras. Levantó la vista y vio a su madre sonriéndole, vestida de negro con su inseparable delantal blanco y sus cacharros de leche.

-¡Vamos hija, que ya terminaste lo que tenías que hacer! Venga, levántate y vamos que aún queda un largo camino y leche que repartir.

Por un instante se quedó mirando la foto y le dio tristeza, pero al mirar a su madre de nuevo le invadió una gran paz y una placentera alegría. Efectivamente su tarea ya había terminado. Argelia se levantó de la mecedora y miró todo lo que le rodeaba, luego se dirigió hacia donde estaba su madre, la abrazó fuertemente y rodeada del ganado empezó a caminar mientras el Sol se difuminaba tras la ladera.

Siempre recordaré, siendo yo muy pequeña, a mi madre esperando por D^a Argelia, con su vestido negro, su sombrero y su delantal blanco, llenando en su pequeño cacharro las botellas que le entregaba mi madre. Nunca dejé de sorprenderme con qué facilidad se cargaba en la cabeza la enorme cesta llena de lecheras, como si fuera una pluma. Siempre la recordaré dándonos las gracias y despidiéndose con una amable sonrisa.

Relato: LA DECISIÓN

Autora: MARÍA NARCISA DORTA GONZÁLEZ

Fue cuestión de vida o muerte... Ya no había vuelta atrás. El embiste del barco contra una ola me hizo ser consciente en ese momento de que lo había conseguido. Por fin estaba rumbo a una nueva vida y, por primera vez en mucho tiempo, sentí realmente que era libre. Sin embargo, una culpa y un dolor extremo me atenazaban la garganta, pero ya no tenía fuerzas para llorar, ni voz para gritar. Había renunciado a todo aquello a lo que quería y todo lo que me fuepreciado en algún momento, parecía esfumarse entre la espuma de aquel mar que nos envolvía.

Nací el 16 de octubre de 1931 en Las Palmas de Gran Canaria. Vivíamos en una pequeña casa en el barrio de la Isleta. Mi madre, Juana, se casó con mi padre, veinte años mayor que ella y que vino desde Lanzarote cuando enviudó de su primera esposa. Eran tiempos difíciles. Tras la devastación de la Guerra Civil, sólo se respiraba un miedo atroz, miseria y mucha hambre. Sobrevivimos gracias a la pesca y a una pequeña tienda que mis padres montaron en nuestra misma casa. Por aquel entonces, la educación de las mujeres no era una prioridad para el Estado, ya que nuestra principal función en la sociedad era la de servir a la familia, casándote y teniendo hijos. Por ello, me consideré afortunada cuando mis padres aceptaron que fuese al colegio, aunque para ello, tenía que ir a uno más alejado en el que sólo estudiaban las niñas.

Con trece años comencé a trabajar en una fábrica de galletas y fue allí donde lo conocí. Se llamaba Pedro, era un hombre alto, moreno y fuerte. Había participado en la Guerra y fue de los pocos que volvieron con vida. Aunque era unos años mayor que yo, se fijó en mí desde un primer momento. Yo era algo delgaducha, pero según mi madre, bastante guapa, así que tras conocernos un poco, un día se presentó a mis

padres y fue así como se convirtió en mi pretendiente. Todo el mundo le tenía en alta estima, se mostraba siempre amable y le gustaba bromear con cualquier cosa. Aquellos fueron los momentos más felices que vivimos juntos, los únicos... Todo cambió cuando nos casamos.

Me casé por amor un 4 de agosto de 1949. Mi padre había muerto un año atrás, y aunque mi madre no me forzó a casarme, Pedro me convenció de que a su lado nunca me faltaría de nada.

Vivimos en una casa que mi marido había heredado de su abuelo y comenzamos nuestra vida juntos. Pensé que tras casarme iba a poder seguir trabajando en la fábrica, sin embargo, el régimen franquista con su ley del "Fuero del Trabajo", había prohibido el trabajo nocturno a todas las mujeres y cualquier tipo de trabajo fuera del hogar a toda mujer casada. Era la manera que entendía el nuevo Estado de proteger a la familia y de liberar a la mujer de la esclavitud de la fábrica. Sin embargo, un tiempo más tarde, comprendí que era una manera de control y de destruir cualquier esperanza de emancipación o autonomía que pudiésemos tener.

Para Pedro, como para la mayor parte de la sociedad de aquel momento, la familia era una institución sagrada basada en valores de autoridad del varón como cabeza de familia. Cuando nos casamos esperaba que yo como su mujer, estuviera atenta a sus deseos, que cuidara la casa y que le diera hijos. Los primeros días de convivencia fueron difíciles y me sentía muy sola. Mi madre a veces venía a visitarme, pero mi marido cada vez se enfadaba más porque decía que me quitaba tiempo de mis labores.

Cuando él estaba en casa, era todavía peor. Me decía que era pecado negar el débito conyugal. A veces llegaba de la fábrica apestando a alcohol y se abalanzaba sobre mí. Nunca antes había estado con un hombre y pensé que todos los maridos en la intimidad se comportaban de la misma manera. Entonces venía a mi mente el recuerdo de mi padre

y lo dulce que fue siempre con mi madre. Pensaba que era yo, que tal vez lo provocaba y traté de ceder en todo cuanto me pedía.

Al principio no podía salir de casa, salvo lo necesario, ir de compras o ir a misa. Finalmente, me prohibió salir a la calle salvo que él me acompañase. Ni siquiera cuando mi madre enfermó me dejó visitarla. También comenzó a darme instrucciones de cómo debía ir vestida, que si esa falda era muy corta, que si el escote. Recuerdo un día en el que íbamos a salir a la verbena de la fiesta de Nuestra Señora del Carmen. Me había quitado el velo y los guantes por el luto de mi padre y me puse un sencillo vestido negro bordado y con botones que había tardado varias semanas en coser. Cuando me vio, se puso como loco y me empezó a gritar que parecía una fulana. Me arrastró con violencia hasta el cuarto para que me cambiara y después, delante de mí, destrozó el vestido.

El día que descubrí que estaba embarazada fue el más feliz y a la vez el más margo de mi vida. Pensé que la noticia lo haría feliz, que igual cambiaría y volvería a ser la persona amable y cariñosa que había conocido. Pero un miedo terrible comenzó a apoderarse de mí.

El parto de Gabriel fue muy difícil, pero fue un niño fuerte y sano. Catorce meses más tarde, nació Laura. Mi marido no pareció interesarse nunca por sus hijos o sus necesidades. Tras el nacimiento de Laura, comenzó a faltarnos la comida. Durante mi último embarazo, Pedro se había aficionado al juego y a salir todas las noches con otras mujeres. La Ley de Bases establecía un subsidio familiar de 30 pesetas mensuales a partir de dos hijos, pero el subsidio era abonado al jefe de familia.

La situación en casa era cada vez más desesperada. Cada vez venía más borracho a casa. Les decía a los niños que salieran de casa para quedarse a solas conmigo. Si trataba de resistirme, comenzaba a pegarme. Me decía que era de su propiedad, que si lo desobedecía o trataba de marcharme, me denunciaría a la Guardia Civil para hacerme

volver a la fuerza. Que a nadie le importaba y que era una mala esposa y madre, y que era yo la que le hacía perder los estribos.

Poco a poco me fui consumiendo. Lloraba a mares cada día cuando se marchaba y rezaba cada uno de esos días porque cada noche no volviese borracho o le pegase a mis hijos. Pero las las palizas fueron a más y ya no se contentaba sólo con abofetearme. Cada vez me golpeaba con más fuerza, cogía uno de sus cintos y me pegaba, o me arrastraba de los pelos y me tiraba contra el suelo.

Volví a quedarme embarazada, mis hijos me pedían de comer y estaba completamente desesperada. Decidí espiarlo para ver dónde escondía el dinero, esperé a que se marchara y tomé lo suficiente como para comprar comida. Cuando se enteró me pegó tal paliza que perdí a nuestro hijo. Estuve en cama varios meses y comprendí que la próxima vez no tendría tanta suerte.

Me había guardado un poco del dinero que había tomado y pensé que con él podría escapar de aquella situación. Tal vez tomar un barco, marcharme lejos y poder trabajar para poder alimentar a mis hijos. La simple idea de dejar atrás a mis dos pequeños con él, me aterrorizaba.

Cuando estuve bien como para caminar, esperé que mis niños volvieran de la escuela. Les dije que iba a llevarlos de visita a un lugar. Preparé toda su ropa y mi equipaje. Llegamos hasta el hospicio de la ciudad, y le dije a las monjas que ya no podía alimentarlos, que su padre estaba enfermo y que se había desentendido de ellos. Con el corazón destrozado me despedí de mis hijos, y les dije que pronto volvería a por ellos, que estarían bien. Avisé a un pariente para que los visitara en mi ausencia y le rogué que no le dijese nada a mi marido.

Ese mismo día, acabé en el muelle de Las Palmas. Compré un billete para el primer barco que salía del puerto. Sabía que, si mi marido se enteraba, me mataría. Había falsificado su forma en la autorización para viajar, pagué el billete y fue así como me subí a aquel barco.

Ni siquiera recuerdo qué día era cuando llegué a la isla de Wight en el sur de Inglaterra. Una vez allí, comencé a trabajar en el servicio del hotel Channel View y estuve fuera durante muchos años. Tenía miedo de volver a Canarias por si me apresaban. Había cometido un delito al falsificar su firma y abandonar el hogar, pero peor que la cárcel, sería que me obligasen a estar con él de nuevo.

Fue una decisión que cambió por completo mi vida, que tomé para sobrevivir, por alimentar a mis hijos...

Al cabo de mucho tiempo, regresé a Gran Canaria. Mi marido estaba con otra mujer y ya nunca más se acercó a mí. Nunca he vuelto a estar con un hombre y mis hijos nunca me perdonaron el abandono. Sé las razones, pero la decisión de dejarlos atrás fue algo de lo que me arrepentiré toda la vida.

Relato: BUEN VUELO

Autor: PATRICIA ÁLVAREZ LEÓN

- Abuela, ¿a dónde vas?

- ¡Shhh! A dar la vuelta al mundo.

Es lo primero que le dije a mi nieto de 6 años la noche en que me fui de casa porque no aguantaba más a mi marido. No sé por qué respondí así. Estaba en el pasillo a oscuras, empaquetada como para misa de domingo, los tacones en la mano izquierda y en la derecha la bota número 36 en la que tenía guardados 1000 euros a escondidas del caballero y, de pronto, de esa guisa, había surgido la figura minúscula de mi nieto Darío en el marco de la habitación, desgreñado y con el pijama revuelto, sacado de la película del Resplandor. Casi me infarto allí mismo.

Que a dónde iba, me había dicho, absorto, con sus ojos enormes observándome como dos focos gigantes. “A dar la vuelta al mundo”, había dicho yo. Podría haber sido cualquier otra frase más cotidiana y cercana para él, del tipo “voy a tender” o “voy a tomarme las pastillas” o simplemente “voy al baño”, pero no, se ve que me invadió el complejo de Willy Fogg. Ahora, que han pasado los meses, supongo que el subconsciente quiso reunir algo de verdad y algo de fantasía en una frase que pudiera ser tiritita para la herida que se crearía no a la mañana siguiente, sino dos o tres días más tarde, cuando la ausencia de la abuela fuera absolutamente anormal, incluso para un niño de 5 años, aparentemente al margen de todo.

El caso es que, cuando me lancé al taxi en el clímax de mi personalidad atolondrada, la frase se transformó en revelación y supuso el primer impulso por el que se regirían mis decisiones venideras, que también, con el tiempo, acabaría aceptando, lejos de intuiciones, como la vasija que resulta después de años y años de una argamasa de sentimientos

en cocción. La desembocadura de todos los dramas y alegrías previos. Imposible abrirse paso a contracorriente.

A las cuatro de la madrugada, estaba en el Aeropuerto de Tenerife Sur, dispuesta a protagonizar la teleserie del mediodía y subirme al primer vuelo que despegara. Con una leve amargura, tragué la aprensión que me atenazaba el cogote y me escabullí hacia el baño donde repartí entre el sostén, la faja y el bolsillo oculto de la chaqueta los 1000 euros que aún guardaba dentro de aquella bota talla 36, raquílica y añeja.

Luego, estuve sentada un par de horas acompañada de un café frío, regodeándome en el síndrome de la mirada perdida. No era remordimiento ni miedo lo que me retenía allí. Simplemente, la felicidad de poder detenerme sin dar explicaciones. Allí, no era más que una viajera cualquiera, desapercibida para el mundo. El traqueteo infatigable de mi vida parecía haber llegado al destino o, al menos, a una estación de descanso.

Fue la necesidad de huida la que me sacó de ese estado de hibernación matutina. Mi determinación por marcharme era tan fuerte que el miedo a que algún familiar se le ocurriera irme a buscar allí o tratara de convencerme en que abandonara mi propósito reactivó mis conexiones neuronales. Con paso seguro, acudí al mostrador de la compañía aérea y pronuncié deleitándome en cada sílaba: “un billete para Cuba, por favor”.

- El próximo vuelo despegará en dos horas – respondió la azafata con un dulce acento extranjero.

- Ese mismo – añadí con un movimiento de barbilla que denotaba reafirmación- cueste lo que cueste – y mostré la tarjeta de crédito.

Total, ¿para qué lo quiero? Tanto ahorrar para llevármelo a la caja, pensé mientras se imprimía el comprobante en el datáfono. Acto seguido, el pánico me taladró las sienas con un razonamiento completamente distinto: años y años administrando los ahorros

familiares para gastarlos por capricho hoy de un plumazo. Qué fastidio ser insegura, cuánto esfuerzo malgastado en ponerme trabas a mí misma. Bloqueé cualquier nuevo pensamiento y me dirigí al control previendo la duración del proceso: que sí, que me va a pitar el detector de metales, que llevo una prótesis de cadera y no sé cuántos tornillos en la boca. Que mi esqueleto va a competir con Frankenstein cuando exhumen mis huesos. Hechas las explicaciones médicas y tras ser sobajeadada por la policía de turno, me fui renqueando a la puerta de embarque. Localicé la cafetería más cercana y miré la hora. Las 9h de la mañana. Lo mismo da: una caña y un paquete de papas fritas. Y tan a gusto.

¿Qué dirán de mí? me cruzó la mente mientras bebía el primer sorbo de cerveza. ¿Qué dirán si me ven en el aeropuerto sola, bebiendo cerveza, vestida de punta en blanco y sin mi marido? Me reí repasando las posibilidades más certeras: ésta se ha echado un querido, se ha vuelto alcohólica, el pobre Rafaelito ya estiró la pata...y tantas otras tan rocambolescas como hirientes. En eso consiste la rumorología que nos impone tantos límites. El ideario de las cabezas de vecindario está alimentado por la apatía y la envidia. La infelicidad de las vidas humanas actúa como caldo para construir armas verbales arrojadas que crean heridas irremediables entre las personas. Pero esta vez, lo tenía claro. Ningún comentario ni posible comentario ni atisbo de comentario podría frenar mi necesidad de volar lejos, de despegar y despegarme de las habladurías y los convencionalismos.

En la cola de embarque, observando las familias y las parejas que viajaban conmigo, me sentí joven. Me habría gustado enviar un mensaje a mis hijos como solían hacer ellos cuando marchaban a estudiar fuera. Hacerlos partícipes de ese viaje. Contarles que el vuelo iba lleno, que avisaría al llegar, pedirles que se cuidaran los unos a los otros, pero tenía que esperar al día siguiente. Esta vez, debía pensar primero en mí misma. Sin embargo, fue mi marido quien ocupó mi sesera. Lo visualicé panza arriba sobre las sábanas de la cama, roncando ingenuo y despreocupado. Imaginé cómo se levantaría por la mañana, yendo a la

cocina en busca de café, pronunciando mi nombre escaleras arriba, presintiendo que estaría en la azotea. Después, saldría igualmente a la huerta, daría su paseo de jubilado hasta el bar, compraría el pan y el periódico, supongo que me haría en el supermercado o en el ambulatorio, qué sé yo. Regresaría a casa sobre la una y quizá se extrañaría de que aún no hubiera llegado, refunfuñaría porque no vería ningún caldero al fuego y se sentaría en el sillón de la tele, tras desempapelar y engullir dos o tres caramelos de nata. A eso de las tres o cuatro, sería cuando descolgaría el teléfono. Dudé en decidir a quién de los chicos llamaría primero. Carlos estaba trabajando en Lanzarote desde inicios del verano en la recepción de un hotel, Yasmina terminando el turno de mañana en la clínica de higiene bucodental y Luisito haciendo las prácticas en el estudio de arquitectura. Claro que estos horarios él los desconocería. Pese a todo, estaba segura de que, fuera lo que fuera, llamaría a Yasmina, aunque poco hablara normalmente con ella, pero era la niña de la casa, por género tendría que saber dónde estaba su madre. Un vacío me oprimió el pecho al imaginar la sorpresa de ella, la preocupación enmarcando su rostro y la ignorancia absoluta, la imposibilidad de creerse que su madre, yo misma, estaba bien repantigada en el asiento 15 A del vuelo UX5483 Dirección La Habana. Mientras el azafato realizaba la coreografía de evacuación, por debilidad de madre, tecléé: “estoy bien. No se preocupen” y se lo envié a Yasmina. Porque yo los quería a todos igual, pero ella siempre sería mi niña y sólo su sensibilidad podría conseguir entenderme.

- ¿Por placer o por negocios? – escuché una voz a mi lado.

- ¿Disculpa? – dije, tras comprobar que efectivamente la pregunta iba dirigida a mí y que la planteaba un joven de aproximadamente 30 y tantos años, ubicado en el asiento de al lado.

- Que si viaja usted a Cuba por placer o por negocios – me dedicó una sonrisa deslumbrante que destacaba con su piel morena.

- Por negocios, claro – tampoco sé por qué dije eso. Supongo que porque quería resguardarme en el refugio de la ficción. Ser alguien que no era. Evitar ser juzgada por un desconocido - ¿y usted? – añadí veloz, esquivando el protagonismo.

- Pues yo ni por placer ni por negocios. Yo voy, digamos, por necesidad existencial. – se encogió de hombros y comenzó a doblar la tarjeta de embarque con nerviosismo- voy en busca de mi madre ¿sabe? – descansó en mis ojos su mirada, que adiviné ligeramente acuosa – de mi madre y de mí mismo. Al parecer, nació allí, lo descubrí hace poco. No sé ni siquiera si ella estará viva. Yo...no me acuerdo de ella. Era muy pequeño cuando mi padre me trajo a Canarias. Sin embargo, hay algo, una sensación de atracción, un imán que me reclama desde hace tiempo...no sé si me entiende.

Claro que lo entendía. De hecho, cada palabra que había pronunciado había ido abriendo con lentitud y dolor una vieja cremallera bajo la que había encerrado un pasado indómito. Le tomé la mano con empatía y se la apreté fuerte, adoptando la figura de alguien externo que nos consolara a ambos.

- En realidad, si le digo la verdad, mi viaje es también una búsqueda. En este momento de mi vida, el hartazgo, la monotonía – hice un pausa- la relación con mi marido...desde chica, he estado escuchando historias maravillosas sobre Cuba. Historias inconclusas sobre la juventud de mi abuela y la infancia de mi madre. Creo que entender esos orígenes me parece inspirador. Uno cambia tanto con lo que va ocurriendo. Conocer lo que ellas fueron quizás me ayude a recordar quién soy yo. Así que, bueno, viajo por negocios, sí, aunque un negocio particular, lucrativo, sí, pero para el alma. No sé si me he explicado bien.

- Sí, sí. Vamos, que también viaja por necesidad existencial – concluyó él con una sonrisa – como todos.

Relato: LEANDRO

Autor: ANTONIO LÓPEZ GARCÍA

Era una casa muy vieja y sus paredes eran muy gruesas. Sus puertas y ventanas de Riga y aunque muy deterioradas, se mantenían sólidas y fuertes desafiando las inclemencias del tiempo, y de entre las tejas rotas porque también eran viejas; sobresalían pequeñas plantas que vivían allí tranquilamente sin que nadie las molestara.

Estaba en La calle Emilio Calzadilla número 22. Y ahora me permito invitarles a pasar al interior para que conozcan un poco a los que, como yo, trabajábamos allí.

Lo primero que vemos al entrar, es al «Muchacho». Era un perro vagabundo sucio y con tanto pelo que le tapaba los ojos, y que al darle un baño; descubrimos que era blanco. Mi padre lo recogió en la calle y enseguida fue adoptado por nuestra «comunidad», y seguro que antes de dejarnos pasar, nos habría hecho el reconocimiento de rigor.

En el primer cuarto a la izquierda, —todos estaban en ese lado— Estaba mi padre. (Antonio López). Lo hubieran visto allí conmigo entre paneles de herramientas colgadas en la pared, con una mesa larga de trabajo donde había teclados, mecanismos, y algún piano desmantelado para su restauración.

Pasamos al siguiente cuarto que estaba en la parte alta. Era el taller de tapicería, y allí veríamos al maestro Pedro trabajando en un tresillo con piel de cuero y estilo «capitoné» (Este trabajo no lo hacía cualquiera). Era un tapicero de mucho prestigio, y por eso fue el elegido para elaborar este servicio en el ya desaparecido «Cine REX», el cual culminó con éxito. Más tarde le sustituyó otro tapicero bastante pintoresco. «Miguel». Era de La Gran Canaria y estaba siempre sin camisa mostrando músculos, y en rincón de su taller. Tenía unas pesas

de gimnasia y una soga sujeta al techo por la que subía y bajaba (Tarzán estaba de moda) como un mono.

En el siguiente «cuarto taller» estaba el maestro Ramón. Era un hombre muy serio y prematuramente calvo. Entraba y salía saludando muy correcto pero sin entrar en muchas conversaciones. No tenía horario fijo y algunas veces estaba días sin aparecer, pero eso sí. Era muy fiable y cumplidor con sus compromisos.

De Antonio Pimienta, poco podemos decir, Era un señor que se había incrustado allí en un rincón que les había requisado por las «bravas» a los barnizadores. No aportó ni pagó nunca nada. Pero decía que el estaba allí desde el principio y que cuando derribaran aquella casa tenía los mismos derechos de indemnización.

El taller del barnizado y lacado de muebles, lo hemos dejado para el final por razones que pronto entenderemos.

En el encontramos a D. Francisco. (El patrón). No pagaba seguridad social a nadie pero era el empresario, y bien que me duele retratarle como persona avariciosa y poco fiable a pesar de su apariencia. Como operarios barnizadores estaban: Miguel, Isidro, Carlos, Pedro... Quiero detenerme un poco con Pedro porque era una de esas personas especiales y mal comprendidas. Era un joven bien parecido, pero que no podía ocultar por mucho que lo intentara su homosexualidad con lo que ello suponía en aquella época. «Imagínenselo metido en el armario». Era cumplidor y fiable que nunca provocaba nada ni le causaba problemas a nadie ganándose así nuestro respeto hasta el punto. De que si alguien lo molestaba, nosotros no lo permitíamos. Y ahora. Hablemos de los «dos tenores» (Rubén y Leandro). Porque ellos son la causa de que me halla atrevido ha hacer este relato.

Allí dentro a casi todos les gustaba cantar. Era la época de «Los Panchos» y de los tenores con esos agudos espectaculares que algunos intentaban imitar. Muy cerca teníamos «El Círculo de Amistad XII de Enero». Entidad de gran prestigio y siempre dispuesta a dar

oportunidades a los eventos culturales, entre ellos, la música. Por allí pasaban y siguen pasando, artistas muy importantes. Pianistas, tenores, divas, rondallas... y la parte trasera de este edificio quedaba frente a la puerta de nuestra vieja casa. También cerca pero por la parte de arriba. Estaba lo que fue: «El Parque Recreativo». Era un magnífico y hermoso lugar de ocio con su cine incluido, y del qué podían beneficiarse todos los chicharreros. Un día. Sin que nadie les consultara. Se lo «cargaron» y pusieron otra «cosa», para que se beneficiaran... Otros.

En mis recuerdos están escondidas las imágenes de aquellos inolvidables lugares:

La Dulcería La Gloria. El callejón del Combate donde se encontraba la pila del agua con la que teníamos que abastecernos. La sala de cine Royal Victoria. La Horchatería Valenciana. La Cafetería Los Claveles lugar obligado de tertulianos... y por allí. Vivía Mario García Pérez que fue el primer tenor solista del prestigioso y entrañable grupo «Los Huaracheros».

De vez en cuando Mario solía pasarse por nuestro taller para pasar un rato charlando con los que allí estábamos y alguna vez también venía Antonio Gonzales Santamaría, (El que hacía los arreglos musicales) que conocía a mi padre. Con el charlaba e intercambiaba opiniones sobre las afinaciones mientras escuchaban como música de fondo a nuestros «dos tenores» Rubén y Leandro. Ensalzados con su particular duelo vocal. Terminaba su canción el primero y: seguidamente le respondía el otro.

Rubén era mayor en edad que Leandro. Era el encargado del taller y el que siempre le «salvaba los muebles» al jefe. Era honrado ingenuo y una gran persona, que a la hora de hacer las cuentas con su jefe. Siempre salía perdiendo. Tenía una potente voz de tenor muy bonita y afinada, y le gustaban las canciones que terminaran con notas muy agudas. A veces no le salían las cuentas cuando colocaba la voz y se ponía colorado por el esfuerzo. Pero nunca se daba por vencido y

terminaba la canción. (Imagínenselo cantando Granada de Agustín Lara) ¡!

Leandro era una persona tímida y discreta. Era muy reservado y conocedor de su trabajo y nunca le oí que se enfadara ni que levantara la voz a nadie, (solamente lo hacía para cantar) y será por eso, que cuando lo veía solo. A mí me gustaba hablar con él cosa que hacía muy bajito, y entre otras cosas: hablábamos de pájaros a los cuales era muy aficionado.

Al contrario que Rubén. Su voz era melodiosa y huía de las estridencias. Entre otros: Le gustaba cantar a «Los Pancho y Al Trío Calavera» con los cuales Los Huaracheros estaban muy vinculados. Y créanme. Algunas de aquellos improvisados «conciertos» de mis dos tenores: tenían que haberse grabado.

A finales de los años sesenta Los Huaracheros tenía que recomponerse. Mario, (el solista). Había tenido que dejar el grupo y estaban buscando otro con las cualidades necesarias para ocupar este puesto.

Nunca supe porque se separó del grupo, pero no tenía porque preocuparse por que ya no quedaría en el olvido. Junto a sus tres compañeros del primer cuarteto. Les cupo el honor de ser «inmortalizados» en una preciosa acuarela con la que el gran Maestro «Guillermo Sureda» les reconoció sus méritos. —Y un buen día:

— ¿Qué le pasa a Leandro...? —Le preguntó Pedro a Rubén— Lo noto preocupado y como si estuviera pendiente de algo.

Efectivamente. Era verdad que a partir de cierto día se le notaba un poco raro, y aunque seguía trabajando con aparente normalidad su cabeza estaba en otra parte. Y el encargado, —su competidor en el canto— como buen compañero que era:

—Leandro. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Va algo mal? ¿Tienes algún problema...? Últimamente estas como en el aire. —y el escuetamente:

— ¡No! No me pasa nada. ¡De verdad!... ¡Espera!... —Rubén esperó— Esta tarde no voy a venir a trabajar porque tengo una cita con los «Huaracheros». Me quieren hacer una prueba. Pero por favor no digas nada a nadie hasta que esto no se aclare. ¡..! ¿ ?

Hubo un «escandaloso silencio» porque al bueno de Rubén, la noticia lo pilló desprevenido y por un instante se quedó sin palabras. —Quizás estaría preguntándose: ¿Y por qué él y no yo?... Después reaccionó:

—Vale. Vete tranquilo que yo lo arreglo con el jefe, y... Suerte amigo.

Todo salió bien y Leandro encajó como anillo al dedo con Los Huaracheros que hicieron suya su voz para que con el grupo. Nosotros las escucháramos y nos beneficiáramos con sus inolvidables canciones.

Pasaron algunos años, y un día decidí volver a tener un pájaro, y sabiendo que Leandro los tenía y los vendía, lo llamé por teléfono e hicimos una cita en su casa. Y después de saludarnos y charlar un buen rato:

—Quiero que me escojas y me vendas un pajarito. ¡Pero que cante!

—Ven. —Me dijo— Vamos a la azotea y allí lo elegimos. Subimos, y no tardó mucho en escogerlo. —Y señalando— ¡Aquél! Te vas a llevar aquel. Se llama Caruso (como el gran tenor Napolitano) y te vas a acordar de mí porque no te va a fallar.

Y tenía razón. «El Caruso» no paraba de cantar. Y cada vez que lo hacía. Me imaginaba estar escuchando un dúo entre él y Leandro, para alegrar todos los rincones de mi casa.

Relato: MARÍA

Autora: RAQUEL ANDREA CHICO DÍAZ

Qué voy a hacer ahora, se repetía una y otra vez, no puede ser, qué va a ser de mí, cómo se lo voy a decir a mis padres y hermanos.

En realidad la situación de María fue sumamente complicada, era apenas una chiquilla criada en el seno de una familia humilde dedicada al campo, su niñez no fue mala a pesar de que en los años 30 vivir en las medianías de Candelaria suponía ayudar en las labores del campo y de la casa a muy temprana edad, no tener oportunidad de estudiar y vivir con bastante austeridad.

Socialmente el papel de la mujer era el de esposa abnegada y madre de familia, todo lo que no estuviera enmarcado en este rol estaba mal visto, así que cuando María empezó a verse con su enamorado siendo apenas una adolescente no pensó en las consecuencias ni prejuicios de la época.

Estamos hablando de una época marcada por la represión política en la que todo aquel que no era afín al régimen y expresaba de forma abierta su oposición, corría peligro y eso fue lo que le paso al enamorado de María, murió después de que le dieran una paliza.

María desolada y embarazada no tuvo más remedio que hablar con su familia, quienes la repudiaron y echaron de su casa.

Sus lágrimas pronto se convirtieron en el coraje y fuerza, con sus propias manos construyó un cuarto en el que poder vivir. Con mucha tristeza afrontó los meses siguientes, viviendo de lo que sabía hacer, el campo. Cuando llegó el día y su pequeña hijita no vivió, la pena la invadió durante días, meses y años.

Pasaron los años, María era una mujer joven y muy guapa, poco a poco su carácter volvió a ser alegre, conoció a un chico y comenzaron a verse, pero este chico pese a estar enamorado de María no se atrevió a casarse con ella, porque hubiera sido una gran ofensa para su familia. Así la cosa, María vuelve a estar sola y embarazada, pero esta vez tiene fuerza y no se amilana.

Un día en el que bajaba caminando del monte después de realizar sus labores del campo, le llegó un olor irresistible que le llevó a casa de una prima suya, era conejo frito, María le dijo a su prima que si le daba un trozo de carne, su prima la miró, miró su gran barriga y le dio un trozo, después de comérselo María le dijo: ¿me puedes dar otro? Su prima se lo dio, después de ver como se lo comía, volvió a mirar su barriga y le dijo: ...sabes una cosa...vas a tener dos niños.

No pasaron muchos días cuando una vecina de buen corazón fue a casa de María, pues al verla pasar no le vio buena cara, al llegar a su casa ya había nacido una preciosa niña y un poco después otra, cumpliéndose así la premonición de su prima.

Pasaron los años y esa mujer valiente sacó adelante sus niñas, muchas veces las tenía que dejar solas mientras con su cántaro de leche bajaba a Candelaria y la vendía por el pueblo.

Su madurez y vejez fueron tranquilas. Relataba su vida con pena y orgullo de saberse una mujer merecedora de aplauso, yo se lo doy, no la conocí ni tengo el honor de que sea de mi familia, pero creo que su historia es digna de ser contada.

Relato: DON GENARO

Autor: ANTONIO LÓPEZ GARCÍA

Yo era uno de esos jovencitos que trabajábamos por el día y estudiábamos por las noches, y mi primera profesora fue Maruca, la hija de doña Trina. Era la dueña de una de las tres ventas que había en el «Barrio de las Monjas» donde yo viví, y que se encontraba prácticamente dentro de la refinería de petróleos. (La Cepsa). Maruca era una de esas profesoras premiada por la naturaleza con ese don de enseñar sin imponer, y que te transmitía sus enseñanzas haciéndote creer que estabas intercambiando algo con ella. Me veía jugar con mis amigos y nos hacía preguntas, y un día. Se presentó en mi casa y les dijo algo así a mis padres:

—Ya saben quién soy. Y si ustedes me dan permiso me gustaría que cuando llegue de mi trabajo del Instituto, me permitieran darle clases por las tardes de forma gratuita a su hijo Antonono. (Así me llamaban) Creo que a él le gustará.

A mi madre no hacía falta preguntarle porque bastaba con mirarla, pero la autoridad la tenía mi padre. (Así eran las cosas) —y dirigiéndose a mí:

— ¿Quieres ir? —y yo sin pensarlo:

— ¡Sí! Claro que quiero ir.

—Pues has lo que te diga la profesora, pero... Pórtate bien. Y así dio por zanjado el asunto.

Aun no sé por qué lo hizo, pero sea como fuere. Aquí en estas páginas dejo un recuerdo entrañable para Maruca en agradecimiento hacia ella por fijarse en mí, y por haberme inculcado el hábito de leer. ¡Y vaya si leí!. «Por ella me inicié en la maravillosa aventura del saber». También me gustaba jugar al fútbol, y frente a la puerta de mi casa habían hecho

una especie de nave sin paredes y con el techo cubierto (Ahora está cubierto) que estaba sostenido con bigas de hierro y era el sitio ideal para jugar nuestros partidos. A un lado tenía la Refinería que llegaba hasta el mar, y al otro, había cosechas de piñas de millo, papas, tomates, y sobre todo plataneras que llenaban todo aquel espacio llegando igualmente hasta muy cerca del mar. Mi perro al que le puse de nombre «Crispín» que era el compañero del «Capitán Trueno». A mi menor señal. Salíamos corriendo por todos aquellos lugares.

Por necesidad imperiosa para el desahogo de Santa Cruz hacía La Laguna. «Alguien» tuvo la visión de que allí donde se acostumbraba a hacer calles estrechas, el dejó bien consolidadas las bases para que se respetara un espacio de comunicación muy ancho. (Un escándalo para la época). Y creo recordar que se empezó llamando Vía de Enlace. Y aquella pista de tierra que pasaba por el centro de del barrio, nos permitió tener un mayor espacio para jugar y que aprovechamos hasta el día que empezaron a asfaltarlo. Hoy es la magnífica «Avenida Tres de Mayo», que se ha permitido incluso el lujo de hacer un túnel para que el tráfico aún sea más fluido. Después hicieron el campo de futbol «Don Pelayo», y siguieron a destruyendo plataneras.

Un poco más arriba de nuestro y enlazando con «Las Asuncionistas», se animaron a hacer algo parecido. Es la que conocemos como «Avenida de los Reyes Católicos», y recuerdo que cuando pasábamos por allí procurábamos ir por la parte de arriba mirando de reojo los salones que estaban en la parte de abajo. (Los salones de Fiffes o Fáifes) Como los conocía la gente.

La incisión que hicieron en los montículos dentro de nuestro barrio, dejaron unos cortes en las laderas donde aparecían una serie de pequeñas cuevecitas de distinto tamaño y esto resultó relevante. Modestamente pienso que ese lugar tendría que haber tenido algún pequeño reconocimiento para «Don Genaro». ¡Sí...! Y esta es la excusa de que yo sin ser escritor profesional, (solo aficionado), me atreva a

escribir este relato por mi cuenta y riesgo como humilde homenaje a su persona. ¿Qué quién era Don Genaro?:

Se instaló un día allí con su esposa en una casa muy grande con un patio de tierra también grande y con un coche marca Mercedes con el cual trabajaba como taxista, y todos los días exceptuando los fines de semana y aproximadamente a la misma hora, salía y entraba de su patio para ir y volver de su trabajo. Era muy reservado y muy serio, y pareciera que no le interesaba comunicarse con nadie. Pero un día. Para sorpresa de todo el pueblo. Fue visitando una a una las casas donde vivían los jóvenes del barrio y les transmitía un mensaje a los padres era más o menos así:

—Veo a los chicos desorientados y holgazaneando por el barrio y he pensado que si ustedes les dejan, me ayudarían a elaborar un portal de Belén en un lugar que hay al borde de la vía y que me parece que es un sitio bueno para hacerlo. —Se refería al sitio donde se encontraban las pequeñas cuevas— Así ellos estarán ocupados y alejados de todos «estos» que los visitan para ofrecerles marihuana o grifa como ustedes bien saben.

En esos años la gente se limitaba a seguir la tradición de hacer portales de Belén en sus casas y también en las iglesias pero sin más transcendencia, pero lo cierto es que al bueno de Don Genaro como más tarde comprendí. Más que hacer un portal lo que en realidad le interesaba era ayudarnos para que encontráramos una orientación de nuestro futuro con mejores perspectivas que las que teníamos.

Nos citó a todos los jóvenes que quisiéramos para que nos viéramos en su casa un sábado por la tarde para planificar el trabajo bajo su dirección y consejo, y entre indecisos y temerosos, cruzamos la puerta y entramos hasta aquel gran patio de tierra, y en lo que a mí se refiere: Reconozco que me quedé bastante sorprendido y admirado de lo que allí vimos. Tapados con techos de zinc, en un lado estaba el taxi. (Ahora pienso si sería el mítico taxi de Marruecos, el modelo 240). «No lo sé». Al otro

lado había unas mesas grandes de madera, (me parece recordar que eran cuatro) con sus burras metálicas donde había diversas herramientas. Y lo más llamativo: Figuritas de barro de personas y de animales la mayoría de ellas a medio hacer. También había un molino de viento, carretas, y diversos tipos de casitas igualmente sin terminar, y debajo en una de las mesas había dos cubos llenos de tierra que más tarde supe que era arcilla para hacer las figuras. Esperó a que observáramos todo aquello —y nos dijo:

— Tenemos todo el año para hacer el portal y terminarlo. Lo iremos haciendo en los ratos libres y también los fines de semana. Yo procuraré estar el mayor tiempo posible con ustedes y les iré enseñando, y mañana por la mañana que es domingo. Los que quieran se verán conmigo en el terreno escogido para marcar y planificar el trabajo que vamos a hacer, y todo lo haremos formando dos grupos: Uno trabajará en el terreno donde haremos el portal. Y el otro haciendo las figuras en el patio de mi casa y de vez en cuando se intercambiaban. —Y estas fueron más o menos sus recomendaciones.

Nos pusimos manos a la obra y a medida que pasaban los días los que habían dudado se iban incorporando al equipo, y al final. Hasta los vecinos del barrio se sumaban trayéndonos figuritas y cosas propias para el portal, y así nuestro «ego» y nuestra autoestima, se subió por las nubes porque don Genaro había conseguido que nos sintiéramos importantes. Unos haciendo casas, otro el castillo, otros con la cueva del portal y el pesebre, y los demás en el «taller», y en los primeros días de diciembre: ya teníamos terminado nuestro portal y listo para su inauguración. Después siguiendo las indicaciones de Don Genaro. Hicimos una caseta a un lado del mismo para que hiciéramos turnos días y noches y así poder vigilar el fruto de nuestro trabajo.

Al principio. La gente que pasaba por allí curioseaba y miraban interesados lo que habíamos hecho, y a medida que pasaban los días; se iban incrementando los visitantes así que tuvimos que improvisar una especie de pasillo con una sogá y unos soportes hechos de listones de

madera para que desfilaran con orden. Y en los días puntuales. ¡No les quiero ni contar el jaleo que ocasionó aquel acontecimiento!

En los últimos días, don Genaro puso al final del pasillo una hucha hecha con una caja de zapatos y con una ranura en la parte de arriba para que aquellos que quisieran pusieran algo de dinero. La selló con cinta adhesiva, y cuando acabaron las fiestas todos juntos levantamos el campamento y dejamos aquel espacio más o menos ordenado y limpio. Después nos invitó a seguirle hasta su casa y una vez allí, puso la «hucha» (le decíamos alcancía) en una de aquellas mesas y la abrió. Volcó el dinero que había dentro sobre la misma... pesetas, duros, algunos billetes de papel... etc. y nos invitó a qué entre todos lo dividiéramos en partes iguales excluyéndole a él (cosa que hicimos) y nos dio a cada uno nuestra parte junto con una fotografía de «Gráficos Garriga Tenerife» que conservo y conservaré hasta que me eche la «gran siesta».

No era el mejor portal. Pero si parece ser que fue el primero de estas características que se hizo en la isla y también que esta novedad caló en algunos porque, al año siguiente, aunque también nosotros volvimos a hacerlo, ya teníamos poderosos competidores con muchísimos más recursos.

Así que sigo reclamando para el bueno de don Genaro, un pequeño reconocimiento por ayudarnos a hacer este tipo de portales, y sobre todo por haber dedicado generosamente su tiempo a mis amigos del barrio y a mí mismo. ¡Muchas gracias...! «Don Genaro».

Relato: VERDADEROS EJEMPLOS

Autor: DAVID BELMONTE ORTEGA

Hace unas semanas aprendí una cosa de alguien de quien yo no me esperaba aprenderlo. Hubiera pensado que lo podría aprender de gente que ha alcanzado el éxito como artistas, cantantes, empresarios o gente muy influyente en la sociedad. Me encantó poder recibir este ejemplo de esa persona ya que, al ser quien era, me impactó mucho más.

Desde hace unos meses, mi familia y yo vamos todos los lunes a una residencia de ancianos en Arafo, en Tenerife, para hacerles compañía durante dos horas. Es un tiempo donde todos salimos beneficiados. Ellos disfrutan de nuestra compañía y nosotros de la suya.

La semana pasada íbamos de camino a la residencia como de costumbre. Cuando llegué, me situé al lado de una señora que se llama Marina. Mi hermano llevaba unos pantalones vaqueros rotos a la altura de la rodilla, y como podréis imaginar, todas las señoras de la residencia le empezaron a “regañar” por llevar los pantalones rotos, y se ofrecían para coserlos. Todas menos Marina; a Marina le gustaban los pantalones y les explicó a las demás que ahora se llevan así. Todos nos empezamos reír.

Cuando por fin las señoras entendieron que los rotos era a propósito me senté con Marina y le pregunté que cómo estaba. Ella comenzó a contarme historias y aventuras de su niñez, y lo que yo pensaba que iba a ser una trivial conversación simplemente para “pasar el rato” se convirtió en una lección de vida más importante de lo que yo pensaba.

“Mi madre era una mujer muy fuerte, que trabajaba en la montaña” me contaba. Yo escuchaba atentamente para no perderme ningún detalle. Ella me contó cómo su madre, que estaba embarazada, subía la montaña cada día para trabajar y poder dar de comer a sus siete hijos. Una de las veces que subía la montaña, empezó a sentir

contracciones... ¡Estaba dando a luz! Pero ella, siendo tan fuerte, cogió unas tijeras que estratégicamente guardaba en su delantal por si se ponía de parto, y cortó el cordón umbilical del recién nacido. Después envolvió al pequeño en un trozo de tela, y bajó la montaña con el bebé en brazos.

Naturalmente todos nos quedamos muy sorprendidos al escuchar esto y le pedimos que si por favor nos podía contar más historias. “¡Pues claro!” nos respondió ella y comenzó con la siguiente aventura.

Nos narraba que de pequeña, sus padres trabajaban en el Teide sacando y fabricando carbón, y ella era la que tenía que subir y llevarles la comida. En su casa la preparaba, la cocinaba y luego tenía que subir el Teide a pié hasta donde estaban sus padres, únicamente para dejarles la comida y rápidamente emprender su bajada para llegar a su casa y cuidar al resto de sus hermanos.

Esto me dejó pensando en lo fácil que tenemos todo hoy en día y lo poco que lo apreciamos. Marina ese día marcó en mí un ejemplo de esfuerzo y de entrega más grande que cualquier otra persona pudiera haber demostrado. Las personas como ella no se olvidan tan fácilmente... son las que tan sólo con su ejemplo pueden hacer cambiar a alguien.

Relato: LOS PEREGRINOS

Autor: ANTONIO LÓPEZ GARCÍA

Sobre las siete y treinta de la mañana me despierto todos los días porque tengo una cita obligada con mi perro para sacarlo a pasear. Bajé a la calle donde estaban las dos señoras de la limpieza que amables y sonrientes:

—Adiós King —se lo decían a mi perro— ¿Dónde te van a llevar hoy? Y King que es un sabueso de «pro», —un Beagle— agachó la cabeza acercando la nariz hasta el suelo y comenzó su rastreo diario tirándome de la correa.

La rambla estaba bastante tranquila. Eran los días de la celebración de La Patrona de Canarias, y en la distancia veo venir a un amigo de la infancia que como yo, se vino a vivir a Candelaria hace ya unos cuantos años. —Y en broma:

— ¡Hola Carlos...! ¿Cuántos kilómetros has hecho hoy?

—Bueno. Llegué hasta lo último de Caletilla, y ahora me voy a casa.

Y así iban cruzándome con los que acostumbraban hacer estos recorridos todos los días por La Rambla que es un reclamo maravilloso para pasear, y que cuando el sol se va ocultando. Es muy saludable pasear con la familia y amigos mientras respiramos el aire del mar mezcla de sal y marisco por La Avenida Marítima, para después: sentarnos en una de sus terracitas para tomarnos unas tapas y unas cañas. Es un lujo que solo echas de menos cuando no lo tienes.

Dejaba a la izquierda La Dulcería el Rayo, y me imaginé allí dentro con mi esposa y mis cuñados conversando y «arreglando el mundo». A ellos les gusta frecuentar esta dulcería para tertuliar e incluso a veces nos atrevemos a polemizar por temas políticos y de religión. (Ellas no

mucho) Son creyentes sinceros y yo a veces les «pincho» —sin ninguna maldad— y les hago preguntas comprometidas pero me doy cuenta que están muy dolidos y decepcionados. Se sienten traicionado por aquellos en quienes depositaron su confianza, y se aferran a su creencia tratando de asociarse más con lo divino, que con lo humano.

Pero hoy veo pasar a otro tipo de caminantes. Son inconfundibles. Con su bastón de senderistas, con una gorra o sombrero para protegerse del sol, y algunos con una mochila en la espalda. Van llegando los creyentes para reunirse con su patrona en la basílica de Candelaria. Y los menos. Prefieren llevar un bastón de madera con una curva la parte superior como para imitar a los antiguos cayados que en el pasado llevaban los peregrinos. «Son los custodios de la fe». Una fe incondicional en la que no se les permite dudar. Una fe admirable incomprendible e inexplicable, y que en algunas religiones: Puede resultar dramático dadas las consecuencias que traen cuando siguen incondicionalmente los mandatos «divinos» de aquellos que se han apropiado de la potestad de decirle lo que tienen que hacer, a quien tienen que elegir, y a qué tienen que castigar ¡..!. «Es la fe ciega».

Desde los albores de la humanidad allí donde veían un misterio o algo que no se podía explicar. Aparecía un lugar de culto. Un mediador entre Dios y los mortales, y unos peregrinos que acudían allí llenos de fe para que intermediaran e intercedieran por ellos. Y a la par. También aparecían otros a los que les interesaba más tratar de buscar la explicación de esos misterios, y que no se conformaban con dar por cerrados estos asuntos. «Son la religión y la ciencia». Estas dos realidades siempre han estado activadas en la historia de la humanidad hasta nuestros días, y me arriesgo a vaticinar que así seguirá siendo hasta el final de los tiempos si es que estos tienen un final. Es verdad que la religión ha sido perseguida y maltratada por muchos sectores de la humanidad y no hace falta que lo recordemos aquí en estas cinco páginas. Y no ha sido perseguida por la ciencia. Esta se limita a seguir su camino para buscar explicaciones a todo aquello que no comprendemos con mayor o menor éxito. No trata de perjudicar ni

beneficiar a nadie. Y también es verdad. Que la religión cuando ha tenido mucho poder. Ha usado y abusado de este poder para quitarse de en medio todo aquello que la molestara. Pero en los últimos tiempos hemos comprobado aliviados, que muchas religiones han moderado su actitud y que han sustituido el fanatismo y la arrogancia del pasado por el entendimiento, y ahora coquetean con la ciencia buscando su complicidad. Buscan nuevas interpretaciones, y van descubriendo perplejos que después de todo no hay tanta incompatibilidad entre estos dos conceptos. Eso sí. Sin desviarse cada uno de sus objetivos: Unos para tratar de ampliar sus conocimientos. Y los otros para afianzar la firme creencia en un Dios responsable de todo lo que existe.

Los lugares de culto no han menguado sino que se han incrementado en todo el mundo y en todas las religiones. Los peregrinos acuden fielmente por millones impulsados por la fe. Quieren rezar, ofrecer sus ofrendas a los santos, a las vírgenes, y a Dios.

En Canarias cada isla tiene su lugar o lugares de peregrinación. Pero sería bueno que hagamos algo de memoria acerca «Del Santuario de La virgen de Candelaria» de este mismo municipio. Es conveniente aclarar: Que al margen de los avatares que sufriera la primera imagen. Esta fue declarada «Patrona de Las Islas Canarias» el 12 de octubre de 1.867 por decreto de «La sagrada Congregación» y que fue coronada y canonizada el 13 de octubre de 1.889, aunque: ya había sido declarada Patrona de Canarias en 1.599 por el papa «Clemente VIII». Pero, ¡cuidado...! Que nuestros vecinos y hermanos de La Gran Canaria ya se están creyendo (y no son pocos) que la auténtica patrona de canarias es «La Virgen del Pino», y: «Cuando se les mete algo en la cabeza...» Bueno. Tampoco creo que sea para tanto ni que nadie tenga que preocuparse por eso.

Coincidiendo con una familia «canariona» —estupenda, por cierto— y hablando de estas cosas, uno de sus hijos me dijo:

—La fiesta dedicada a la Virgen de Pino al igual que los carnavales ya son más relevante a nivel nacional que la de La Virgen de Candelaria. ¿No crees...? —y le contesté:

—Y también la montaña de Arucas, es más importante que el Teide a nivel mundial. ¿No te parece...?

La broma no pasó de ahí ni se activó el tan oportunista y manoseado «pleito insular», y por eso todo terminó entre risas y bromas.

Seguí el paseo con mi perro y me animé a tomar la Avenida Marítima hasta llegar a la misma plaza de la Basílica. Es todo un espectáculo ver la llegada los peregrinos alegres y contentos a pesar de lo fatigado del viaje. Otro año más su sueño se había cumplido, y habían respondido nuevamente al mandato de la fe. Lo primero. Visitar a «La Morenita» (así les gusta llamarla). Les hacían sus peticiones y les entregaban sus ofrendas, y después:

Salen a la plaza donde hablan entre ellos y con todo el que se una a la fiesta. Cantan folías, bailan comen... y se echan sus vasitos de vino para que no les falte el ánimo.

A la vuelta observé que la churrería que está en quiosco a la orilla del mar y donde se ven los barquitos en el muelle (Otro lujo añadido). Estaba ocupado por los peregrinos comiendo y tomando su chocolate con churros. A mí me gustan mucho los churros, así que me uní a ellos y pedí una ración en el mismo mostrador al mismo tiempo que les escuchaba como se contaba las diversas anécdotas del viaje y algunos de cómo le harían las peticiones a La Patrona. Me pareció que me invitaban a participar y. —«No tengo remedio»— Me animé a hacerles una pregunta comprometida:

Y... ¿Qué harían ustedes si se demostrara que Dios no existe? ¡..! El prestigioso científico «Stephen Hawking», llegando a sus últimas conclusiones dijo algo así como:

—«La física moderna excluye la posibilidad de un dios creador, y que el «Big Bang». (La gran explosión). Es el origen de todo lo que hay».

Una de las peregrinas —una chica joven— con voz muy tranquila y con innegable ironía me dijo:

Si la gran explosión fue la que origino la creación de todo lo que nos rodea. « ¿Cómo me demuestras de qué no fue Dios quién la originó?».

No pude evitar una sonrisa, y me defendí:

— ¡Eh...! A mí no me mires. Pregúntale a la ciencia y que ellos te contesten.

El perro me tiraba de la correa, así que animándoles y deseándoles lo mejor, entre sonrisas me despedí de ellos, y mientras caminaba reflexionaba porque:

Modestamente me afianzaba en mi teoría de que no sería mala idea de que la religión y la ciencia buscaran mecanismos de entendimiento y que se llevaran bien. Porque repito. Donde aparezca un misterio, allí estará la ciencia para intentar descifrarlo, pero: También estará la religión para adorar a un Dios creador. Así fue antes. Así es ahora. Y así será seguirá siendo. Y sobre todo:

«Allí estarán los peregrinos impulsados y dirigidos por la fe de la religión, no para descifrar misterio. Sino con la mente educada para creer. Creer... Y creer».

Índice CONCURSO DE CREACIÓN LITERARIA 2017

Pasar por la vara	67
Tierra de almendros	69
Generaciones culturales	71
Ruta subida del panadero	72
¡Cómo me sabe y a quién me recuerda!	74
El arte de lavar la ropa	76
Años de relba	78

1er PREMIO 2017

Relato: PASAR POR LA VARA

Autor: DOMINGO BATISTA MARRERO

Cuando el día despuntó, allí estaban Juan y las Marías. Esperando al sol, que como un enamorado primerizo, llegó desde el Este puntual a su cita. Con la primera luz del alba, los almendros se tornaron del malva al lila, y sus flores desprendieron el dulce aroma de su interior. Ya con los ojos entornados por el brillo vespertino, se situó al pequeño entre las dos mujeres. Mientras ambas calmaban al niño, el viejo Juan rozaba los almendros con su experta mirada. Buscando la rama apropiada. Cuando hubieron pasado algunos minutos, y el llanto del pequeño se había convertido en una monótona melodía en la cabeza de los allí presentes, el viejo curandero canario había transformado la rama de almendro en vara, y el rito comenzó. Mientras ambas tocayas sujetaban al pequeño por brazos y piernas, el viejo empezó con sus rezos. A medida que Juan pronunciaba palabras ininteligibles en susurro, pasaba su vara por encima del pequeño. Como tratando de apartar una invisible capa de maldad, del cuerpo del niño. Todos callaban. Todos menos el pequeño, que lloraba con ansias mientras sentía como el dolor se iba apagando en sus entrañas. Los rezos de Juan se fueron repitiendo. Rezos del pasado, que se mezclaban con la esperanza del presente. Cultura del ayer, que trataba de servir como la medicina de hoy. Creencias para algunos, y magia para otros. Cuando el sol ya había transformado el alba en día, Juan abrió sus ancianos ojos. Había acabado sus rezos, y con ellos, había sanado el dolor de aquel niño.

En memoria de Juan Rodríguez Batista.

Un gran curandero para algunos, y un gran amigo para mí.

EXPLICACIÓN DEL AUTOR: Mi historia se basa en una antigua tradición canaria. La tradición de "Pasar por la Vara", me fue contada por un anciano ya fallecido, el Sr. D. Juan Rodríguez Batista, que era un vecino del pueblo de Igueste de Candelaria. Además de contarme esta antigua tradición ya perdida en las islas, el propio Sr. D. Juan Rodríguez Batista, me aseguró que él mismo la llegó a realizar en contadas ocasiones. Dicha tradición, se usaba para "curar" o "sanar" las dolencias abdominales tales como hernias, empachos, y demás dolores abdominales en los niños. Consistía en que en el amanecer del día de San Juan (Era necesario que fuera ese día justo y no otro), se pasaba al niño afectado por debajo de una vara de almendrero, o higuera, al tiempo que se rezaban una serie de oraciones. En dicho "rito", también era necesario que estuvieran presentes al menos, un Juan y dos Marías. Una vez cumpliendo todo esto, y habiendo rezado las oraciones, al tiempo que se pasaba la vara por encima del niño. Éste se "curaba" o "sanaba" de su hernia, o dolor en cuestión. He decidido basar mi texto (que por supuesto es ORIGINAL E INÉDITO DE MI PERSONA) en esta tradición ya perdida, porque así lo estipulan las normas del concurso, y por rendir mi "pequeño tributo" a ese hombre que tuve la suerte de conocer, y llamar mi amigo.

Relato: TIERRA DE ALMENDROS

Autora: ANA GUACIAMARA HERNÁNDEZ MARTÍN

"Árbol precioso que medra con toda prosperidad en todas nuestras Islas, elevándose mucho y decorando con sus flores los primeros anuncios de nuestra temprana primavera." Viera y Clavijo

Canarias se sustenta de una tierra fértil donde se da de manera abundante diferente flora autóctona. La vertiente suroeste, se acentúa con un valle de tabaibas, cardones, retamas, balos... con la estampa del árbol que con exquisitez anuncia los últimos días del invierno. El almendro es un árbol robusto, silvestre, fuerte y agradecido al clima. Antes de la primavera, su paisaje se convierte en una festividad de colores blancos, rosas y verdes, con un perfume específico que inunda durante varias semanas todos los rincones de algunos municipios. Según pasan los meses y se quedan en colores ocre, es cuando la almendra está lista y se recoge.

Esta historia comienza entrados los años cincuenta y en el municipio de los almendros, donde se hacía la recogida de las almendras y el partirlas de manera tradicional: a mano, con una laja, martillo o piedra. Para esta labor, algunos hogares se convertían en una reunión continua de féminas durante semanas.

Después de una dura recolecta por particulares, distribuían las almendras a dos mujeres del pueblo, Marina y Sagrario. Las dos se encargaban de llevarlas a distintas casas que colaboraban en partir la almendra.

En casa de Calaya se reunían María y Carmela (abuela, madre e hija), que eran algunas mujeres campesinas del pueblo que trabajaban la almendra de varias maneras, una de ellas, era haciendo postres, pero,

donde más invertían su tiempo era en partir la almendra. En aquel tiempo por diez kilos de almendras partidas cobraban cinco pesetas. Calaya acomodaba el café, María hacía dulces con las mismas almendras que partían y a veces, entre las tres preparaban una gran tarta de galletas para la merienda con sus compañeras de oficio y vecinos que luego alargaban la tarde con amenas charlas y cuentos antiguos, o como decían ellas “cuentos de antes”. Las tardes de las almendras consistían en sentarse en los patios o algún cuarto trastero, con una laja que servía de base para poner la almendra y partirla con un martillo de carpintero. Mientras hacían este trabajo, hablaban de las noticias del municipio, recetas de cocina, los hijos...y llevaban mejor la fatigada tarde, ya que este trabajo era algo duro y repetitivo.

Kilos y kilos de almendras peladas viajaban a la capital, Santa Cruz de Tenerife, que de manos de Marina y Sagrario de nuevo, eran vendidas en las calles y algunos comercios. Una vez allí, también, la almendra se enviaba a Venezuela y Europa, siendo un mercado fuerte en Inglaterra. Y así se completaba un auténtico ciclo de vida, entre la tierra de los almendros, su recogida, el partir la almendra de manera tradicional y luego ser vendida a casas particulares, comercios y hasta exportación de la almendra canaria, una de nuestras alhajas por excelencia.

Relato: GENERACIONES CULTURALES

Autora: PATRICIA GONZÁLEZ CRUZ

Llega un niño y encuentra un álbum de fotos de sus abuelos. Su curiosidad, le hace abrir y empezar a ver las fotos. Se da cuenta de que hay algunas que no ha visto, ni entiende las situaciones. Se dirige con el álbum a sus abuelos y empieza a bombardearlos con preguntas. Eran cosas como donde se les veía jugando a los boliches, con un trompo, con un yoyó, al escondite, a las casitas, la gallinita ciega, el ratón y el gato, el pañuelo...Ellos, asombrados y nostálgicos le explican todos esos juegos. Siguen pasando hojas del álbum y ven otras en las que, los abuelos se ven con un pequeño rebaño de ovejas, ordeñando una vaca, recogiendo los huevos de sus gallinas, cogiendo naranjas, papas, bordando, haciendo quesos, moliendo millo...Pues, otra vez...tuvieron que explicarle a su nieto que era todo aquello que no había visto. El niño no salía de su asombro, sus abuelos les parecía unos sabios, increíble lo bien que se lo pasaban jugando sin un móvil, una consola o televisión. Todo lo que sabían hacer, había cosas que se creía que salían de una tienda, como los bordados que hacía su abuela o los quesos que preparaba su abuelo. Termina un día de aprendizaje para este niño, guarda el álbum y sus abuelos les dicen:

¡Quizá dentro de unos años, tú tengas que explicarle a tus hijos y nietos a que jugabas y que cosas hacías como hemos hecho contigo porque con los años va desapareciendo culturas y costumbres y viniendo otras nuevas!

Relato: RUTA SUBIDA DEL PANADERO

Autora: ANA GUACIAMARA HERNÁNDEZ MARTÍN

Todo el mundo la conocía en el municipio, realmente todos se conocían en el pueblo, pero, ella era la panadera, el oficio de sustento popular. Iremos muchos años atrás en el tiempo y hasta un municipio de la isla de Tenerife, cuando no existían carreteras asfaltadas sino caminos reales y apenas había medios de comunicación que no fuera la palabra dicha. María era una joven campesina a la que le encantaba preparar un pan exquisito a horas muy tempranas y luego salir a venderlo por los rincones de la demarcación. El pan lo empezaba hacer a las cuatro de la mañana. Era casi un ritual diario y armonioso preparar un pan tan delicioso llamado “pan de puño”, el cual elaboraba en una vasija de barro echando harina y sal, lo mezclaba con la levadura ya mezclada a su vez con agua templada, una pizca de azúcar y anís en grano. Amasaba y amasaba con tanta firmeza para dejar la masa perfectamente homogénea y la dejaba reposar luego tapada con un paño húmedo en la misma vasija. A los minutos, lo volvía a amasar y luego al horno. Entre estos pasos se seguía una rigurosa receta tradicional y familiar canaria. Lo importante de todo el proceso era que el pan del día fuera un manjar en esa época de tanta escasez. Una vez listo el pan, se sabía por el color dorado y el olor que inundaba todos los rincones de su pequeña casa de adobe, se ponía el falso y el vestido oscuro por debajo de la rodilla, medias gruesas, lonas negras, rebeca oscura y un pañuelo oscuro atado en la cabeza con un sombrero de paja. Después, colocaba un pañuelo enrollado en el centro del sombrero y se subía al mismo, con gran agilidad, la cesta del pan. Ya preparada, se despedía siempre de sus familiares con una sonrisa y salía de casa casi cantando el gallo para subir por la ruta del panadero e ir vendiendo por los pueblos el pan. María en el camino se encontraba con gente que salía con café recién hecho y colado con un paño, para cualquier caminante que necesitara un tentempié y seguir con el largo, pertrecho y empinado camino. Subía

por los caminos reales rodeada por un paisaje lleno de cardones, tabaibas, retamas, almendros y algún pino disperso entre los majanos de los terrenos. A su llegada, -¡María, María!...los vecinos gritaban su nombre para comprar el pan. A media mañana ya estaba de vuelta con la cesta vacía, pero no por eso se había acabado la jornada laboral, en casa la esperaba una larga cola esperando a comprar los últimos panes del día. Ya entrada la tarde, María siempre tenía un hueco para reunirse con los familiares, contar leyendas y hacer lo que más le gustaba, recitar poesías:

Jesucristo se ha perdido, su madre lo anda buscando.

-¿Quién ha visto por aquí una estrella relumbrando?

-Esa estrella mi señora, pasó por aquí ayer tarde.

-El que me diga le daré haciendas que mucho valen, que yo lo tengo heredado, de los reinos de mi padre.

Las tardes entre poesía eran muy amenas y agradables. Por unas horas, la gente se olvidaba del trabajo del campo, de la escasez de alimentos, de los vaivenes de la vida...y sólo se permitían, por un momento, disfrutar.

Relato: ¡CÓMO ME SABE Y A QUIÉN ME RECUERDA!

Autora: ANA GUACIAMARA HERNÁNDEZ MARTÍN

Nada le movía más que preparar ricas recetas de cocina. Siempre su curiosidad por sabores nuevos le hacía investigar y probar cosas nuevas, pero, lo que sí que no abandonaba eran los productos de la tierra.

Urbano a sus setenta años, con los ojos grises y arrugas atenuadas en la piel morena, pelo totalmente blanco y cuerpo desgranado por la edad y el campo, recuerda que desde pequeño, su mayor pasión era preparar grandes recetas. Esta afición por la cocina le venía de su abuela, quien lo crío desde pequeño y gran parte de su niñez fue en su cocina, mientras preparaba ricas recetas para todos los familiares, que eran muchos, una familia numerosa de 12 nada más y nada menos.

Con gracia recuerda pinceladas de la infancia y del “parque” improvisado que su abuela le montaba con cajas de madera, ceretas de las hortalizas que compraba. Su abuela le marcaba su territorio, así lo llamaba, él obedecía y no se movía de los azulejos marcados que tenía para jugar.

Algo que le gusta hacer y que aprendió desde niño son las truchas de almendra... ¡y qué deliciosas!

Urbano mete mano a una gaveta, la abre y después de escudriñar unos papeles, saca las notas cuarteadas por el tiempo de los ingredientes. Con voz expectante enumera:

-Para la masa: 650 g harina de fuerza, 1 huevo, 1 pizca de azúcar glas, 250 g manteca de cerdo, 20 g levadura en polvo, un chorrete de vino blanco y matalahúva.

-Para el relleno: 400 g almendras molidas, 400 g azúcar, 2 huevos, 1 cucharadita de canela y ralladura de limón.

-Para la terminación: aceite de oliva, azúcar fina y azúcar glas.

El relleno de almendra con limón y azúcar lo muelo en un molino de mano, mezclándolo luego con el huevo y la canela.

Sigue diciendo. -La pasta tiene que estar bien amasada y mezclada con todos los ingredientes que lleva. Lo importante para que quede hecha de manera diferente y buena, con un sabor rimbombante, son las medidas correctas. Su terminación tiene que ser delicada, me gusta el refinamiento de este postre, por lo que la trucha va frita con un buen aceite de oliva y luego el toque final es polvorizarla con azúcar fina y azúcar glas. Termina de hablar con una sonrisa en el semblante.

La nota más importante quizás en la receta de Urbano es que desde el principio hasta el final de la elaboración de la trucha utiliza mucho amor por lo que hace, limpieza estricta y paciencia, mucha paciencia. Estas son las “herramientas” fundamentales y necesarias para hacer una buena receta de trucha de almendra canaria tradicional, para luego compartirla en familia y también, venderla en el pueblo. ¡No hay nada mejor que los postres canarios caseros!

Relato: EL ARTE DE LAVAR LA ROPA

Autor: GUSTAVO JAVIER PÉREZ LÓPEZ

Viajé en un Iberia boeing 707, dejé Montevideo, mi destino era La Coruña. Habíamos llegado, iba acompañado de mi madre y dos hermanos. Lo primero que hicimos fue dirigirnos al nuevo apartamento que nos esperaba. Perfectamente instalado para un entorno modesto, cerca de la cocina, en un recinto no muy apartado, donde se ponían las bombonas de butano, nos encontramos con la sorpresa que transformó el rostro de mi madre; muecas mezcla de felicidad, curiosidad, alivio e interrogante: había un lavarropa. Lo primero que hizo mi madre fue examinarlo, tras una de mis breves explicaciones ya sabía cómo funcionaba. Meses después, estando sus hijos trabajando en la ciudad, paraba sus quehaceres de cocina para decirme ilusionada: “Nene, déjame que le pase otro agüita a tu camisa que ahora tengo lavarropas nuevo”.

Entonces mis recuerdos empezaban a asomar hacia mi niñez en la casa donde crecía (en Montevideo), recordaba perfectamente el amplio galpón, en el patio con terreno donde estaba el monumento al fruto de nuestros esfuerzos: el lavarropa de piedra. Era una pileta que en su parte anterior tenía la piedra acanalada con jabonera, donde le seguía el cubo de cemento, que se llenaba de agua y un tapón para su perfecto desagüe. Así que los recuerdos volvían a la niñez, a las anécdotas y a la voz de mi madre, que me decía: “Lléname la pileta que ahora tengo que enjuagar”. Balde a balde, desde la casa al galpón, una y otra vez a llenar la pileta; ejercicio alternado con el retorcido de la ropa y su tendido en los soleados tendales, del terreno donde los gallos de riña nos entorpecían la labor de ahorrar palillos, picoteándonos las piernas, en el caso de mi mamá las varices. En la ardua tarea del cambio de agua al monumento, me encontraba cuando dirigí, enfadado, una de mis directas preguntas: “¿No es este un trabajo de mujeres, mamá?”

Entonces con su santa paciencia, su cabeza con algunas canas y su delantal aún mojado, que rodeaba su gruesa barriga, me dijo con dulzura, enfrentando mi derecho de varón machista: “Te voy a perdonar, tu duda va a ser disculpada por un hecho: tu padre, este trabajo, nunca lo hizo”. Y a continuación comenzó con su trabajo anecdótico y de información: “Tu abuela (mi suegra) fue lavandera, vestía de luto y atendía frente a la puerta de su casa, cobrando cincuenta pesos por sábana llena de ropa y veintitrés pesos por prenda”. Pero sus recuerdos se fueron más allá y se remontó a Galicia, donde me confesó no le gustaba nada de joven tener que acompañar a su madre (mi otra abuela) al “río”. Así le llamaban a las enormes piletas de piedras con chorros de agua de canillas, y zonas de campo para poner la ropa a clareo. Y se llamaba así precisamente por estar ubicado cerca de uno; un río. “Recuerdo en una oportunidad, una pelea que tuvo tu abuela por el sitio en que lavaba; llegó a restregarle a otra de las tantas asistentes, un moñigo de excremento que había en el pañal de mi sobrino”. Las peleas eran bastante frecuentes por el lugar de lavar, la ropa o el tendido para el clareo en el campo”. La ropa, que no necesitaba lejía, se frotaba con un jabón duro, como una piedra, se retorció y se llenaba en la cesta; que llevándola en la cabeza después de haber pasado por el clareo del sol en el campo. Años después, en mi juventud, un día sorprendí a mi madre con un “stone washed” y le dije: “No mamá -la consolé- no está desteñido, es lavado a la piedra”- mostrándole el pantalón vaquero recién comprado. Más tarde aún, y en el instituto, nos mostrábamos los puños sucios de las camisas, resultado de mantener la ropa tres días para aliviar trabajo. En la actualidad, ahora de adulto, resido en Tenerife. Desde una hermosa terraza contemplo el Valle, tiendo la ropa, lavada en un lavarropa automático y escucho las noticias. Estas informan que en Tenerife, en el barrio Los Lavanderos, el día de Nuestra Señora de Fátima se celebra con la tradición de ir a lavar la ropa a las cincuenta y ocho pilas de piedra existentes, cerca del parque García Sanabria; mi madre ya no está con nosotros... y yo sigo aquí sin pasar por la piedra.

Me resulta penoso recordar el tiempo que me tocó vivir. Nací en una familia muy humilde, en la que tuve que aprender a vivir con mis padres y mis tres hermanos zagalotes en El Topo. Lo único que conocíamos era trabajar la tierra y atender a los animales. Teníamos leche, gofio, papas, ñame y, cuando andabas liestro, algún fisco de fruta de temporada. Pero, en mi caso, estos escasos y repetitivos condutos duraron poco tiempo.

Cuando tenía apenas cuatro años, después de que mi madre diera a luz a su quinto hijo, al que la partera no pudo salvar, ella enfermó y, a los pocos días, también nos dejó para siempre. Nadie me explicó lo que pasaba. Nadie la sustituyó. Desde aquel momento empecé a recorrer un tortuoso camino. Pasé de poder enroscarme en su cálido regazo y engañar a la barriga con lo que había, a no encontrar la manera de matar el hambre de comida ni de cariño.

Mi padre no mantenía palanquines, para él solo valías algo si podías trabajar para traer leña, cultivar la tierra, cuidar a los animales o suministrar viandas a casa. Así que, desde los siete años, tuve que empezar a robar horas al sueño. A las primeras luces del día, no tenía más remedio que salir de casa con dos de mis hermanos, para ir a buscar leña al monte. Un camino demasiado frío y largo para nuestros desgastados zagalejos, heredados de unos a otros, y tan pedregoso que nos maltrataba, sin tregua, los pies descalzos. Teníamos la obligación de volver con tres pesados flejes de ramas y troncos secos, principalmente de brezo, que o bien quemábamos en la lumbre de nuestra cocina o bien cambiábamos por comida en las Casas del Lomo de La Lama. Era nuestro primer trabajo del día, antes de ir a ordeñar la vaca, segar hierba para dar de comer a los animales, sacar su estiércol, ir a coger la dula de riego de las vetas del Barranco de la Herradura,

arrancar ñame, cosechar la caña de azúcar, cargar el guano hasta la cueva de la ladera de Marta, plantar, cultivar y recoger el algodón, desgranar las piñas de millo en la lonja, surcar, sachar o arrancar papas y boniatos en El Poiso y todo un sinfín de trabajos, según tocara en cada momento o época del año.

No había tiempo para otra cosa. Descansar, jugar o ir a la escuela eran lujos que no nos podíamos permitir si queríamos comer al menos una vez al día. Por eso nunca tuve juguetes, ni aprendí juegos o canciones infantiles, ni entendí los extraños garabatos de las letras y los números hasta muchos años después. El día se gastaba en aprender a subsistir, trabajando de sol a sol. Siempre con la guataca al hombro. Y a medida que mi cuerpo iba creciendo también se me exigía que trabajara más, y más duro.

Cuando entraba la noche era otra cosa. Eran las horas de los encuentros inesperados, de los hechos milagrosos y de los acontecimientos inexplicables. Nos sentábamos alrededor del fogar a escuchar las historias de los viejos, hasta que empezábamos a temblar de miedo o caíamos rendidos por el sueño. Entonces era la hora de echarse y compartir la cama turca, tumbarse sobre los colchones de paja de millo, o alastrarse por los pies de alguna cama donde hubiera espacio para poderse acurrucar, al resguardo del frío que llegaba desde el suelo.

Crecí con el ansia de ser mayor, para dejar de estar a las órdenes de los demás. Pero el tiempo era cruel y pasaba despacio. Los inviernos del norte eran largos, fríos y lluviosos. Y cuando un chubasco te empapaba la ropa era aún peor. La humedad te congelaba los huesos y sentías que tu vida no valía nada.

Casi veinte años de miseria y penalidades eran demasiados hasta para mí. Tenía que tomar las riendas de mi vida. Así que, un buen día, decidí ir a pedir trabajo al encargado del trazado de la carretera general. En aquella época ya habían empezado los desmontes de las laderas del Barranco del Agua, con el trabajo de varias cuadrillas, repartidas en

distintos puntos del trazado. Don Julián me atendió a pie de obra y aceptó que empezara al día siguiente, no sin antes espetarme que allí se trabajaba duro y que estaría una semana a prueba, para ver qué era capaz de hacer.

Sin decir nada a nadie, me levanté aún más temprano que otros días y aparecí en el corte a las seis de la mañana. Don Julián puso cara de extrañeza al verme allí una hora antes del comienzo del trabajo, pero, después de echarme un vistazo de arriba abajo, me advirtió que, así como iba, no me iba a permitir trabajar, que si no venía calzado allí no me quería.

Estaba en un callejón sin salida. Necesitaba dinero para comprar unas alpargatas, pero la única forma de ganarlo era empezar a trabajar. No me quedaba otro remedio que ir a la venta de Bajamar a ver si me fiaban. Como ya me conocía, no tuve que bregar mucho para convencer al bueno de don Aniceto de que me las diera, con la promesa de pagarle en cuanto cobrara el primer sueldo de la carretera. Después de medirme el pie con un metro de madera, para averiguar qué número me servía, me trajo unas nuevas “entate”. Las cogí con cuidado, como si fueran a rajarse por apretarlas demasiado. Olían a tela limpia y goma de camión. Acerté a enhebrar los cordones en los perlados ojales y las enfundé en mis encallecidos pies. Me sentía extraño, incómodo, invadido por un inesperado calor que me subía desde los tobillos. Pensé que no iba a soportar tenerlas puestas por mucho tiempo. Empecé a caminar y sentí pisar sobre mullidos algodones. Me parecía mentira que aquellas suelas negras rematadas con tela, me permitirían empezar a ganar dinero y no depender de nadie para poder vivir.

Un par de días fue lo que tardó mi padre en enterarse de que había empezado a trabajar. No desaprovechó la primera ocasión que tuvo para echarme en cara que tuviera que enterarse por otros, añadiendo que tendría que darle el sueldo para administrarlo él. Yo, ante su insistencia, tuve que asentir con desgana, aunque estaba muy claro que no se me pasaba por la cabeza darle un solo real de lo que ganara.

Fue pasando el mes y llegó el día de la paga. Don Julián me entregó en mano el sueldo. Diez pesados duros de plata que yo dejé caer, uno a uno, en el bolsillo del pantalón. Entonces todo cambió. Sentí que era dueño de mi vida, que podía comer lo que quisiera, que nadie podría pararme. Por primera vez en la vida me sentí afortunado.

Antes de nada, tenía que pasar por la venta de don Aniceto para saldar mi deuda y de paso comprar una lasca de queso blanco para meter dentro de un bollo de boniato. Aquella combinación sabía a gloria, pero cada nuevo bocado costaba más bajarlo por el gaznate, así que le pedí que me pusiera también un vaso de vino y que me envolviera unos higos pasados para el camino de vuelta. Nunca había comido tan bien.

Pero mi buena fortuna duró poco. Hacia mediados de septiembre se presentó en casa una pareja de la guardia civil para exigir a mi padre que revelara mi paradero, porque al cumplir veinte años tenía que incorporarme a filas, a fin de mes, sin remedio.

El lunes treinta de septiembre de 1935 embarqué, con toda la jarca de mi quinta, rumbo a Tenerife, para incorporarme como soldado al Cuartel de Almeida. Allí empezamos a recibir instrucción militar a las órdenes del fanfarrón cabo Pinedo. Con él aprendimos a obedecer a los mandos y a manejar el fusil. Hice muchos amigos y parecía que aquello acabaría pronto, pero, de nuevo, las cosas se torcieron. El país estaba bastante revuelto y los tejemanejes políticos no barruntaban nada bueno.

Cuando quedaban solo cuatro meses para licenciarme estalló el alzamiento militar, así que las esperanzas de volver a casa, a corto plazo, se desvanecieron por completo. Sin que nadie me preguntara si quería o no participar en aquella absurda guerra civil, tuve que embarcar a un destino desconocido en la Península. Me asignaron a un regimiento de artillería y fui dando tumbos de un lugar para otro pasando inviernos con fríos extremos, como el de Huesca, y teniendo que llenar el estómago con comidas que no merecían su nombre. Tres largos años

de guerra burlando la muerte, a los que se juntaron otros cuatro años más movilizado en acuartelamientos militares.

Después de casi ocho años, por fin terminó aquella pesadilla y pude regresar a mi tierra, aunque con la salud resentida. Un dolor agudo, insoportable, me trazaba el pecho cada vez que tosía, como si recibiera una repentina puñalada, acompañado de una molestia profunda al respirar. Yo lo achacaba todo a las secuelas de la neumonía que había padecido unos meses atrás. Aguanté durante unos días, pero la dolencia era tan grande que no me dejó otra alternativa que acudir a casa de La Redonda, la curandera de La Verada, que prometía aliviar todos los males con rezos y yerbas. Pero después de una semana tomando sus amargos bebedizos no conseguí mejorar en nada. Así que no me quedó más remedio que ir a la consulta de don Miguel, el médico, para que me recetara alguna medicina que me aliviara aquel sufrimiento. Su diagnóstico fue tajante. Arrastraba una grave pleuresía. Tendría que acudir a su consulta para que me pudiera inyectar dosis de penicilina tres veces por semana. Fue necesario prolongar el tratamiento durante unos tres meses, en los que los dolores fueron remitiendo muy poco a poco.

Fue entonces cuando pude empezar a trabajar en la sorriba, levantando paredes para hacer vetas y rellenando después los bancales con jable y tierra, a cambio de un pequeño jornal. Quería formar mi propia familia, una familia que no se pareciera en nada a aquella de la que venía.